David Barreiro · José Ángel Ordiz · Fernando Fonseca
María Luisa Prada Sarasúa · Ricardo Labra · Nacho
Guirado · Pilar Sánchez Vicente · Gerardo Lombardero
José Luis Espina · Jorge Ordaz · Pedro Antonio Curto
Juan García Campal · Mariano Arias · Manuel D. Abad
Ernesto Colsa · Raúl Castañón · Luisgé Martín · Hilario
J. Rodríguez · Manuel García Rubio

Una noche de verano

once varas 2

COLECCIÓN Once Varas

DIRECCIÓN EDITORIAL Javier Lasheras

© DE LOS TEXTOS Sus autores
© DE LA EDICIÓN Asociación de Escritores de Asturias

EDITA Literarias. Asociación de Escritores de Asturias

DISEÑO Y COMPAGINACIÓN Pandiella y Ocio
ISSN 1989-3973

David Barreiro · José Ángel Ordiz · Fernando Fonseca
María Luisa Prada Sarasúa · Ricardo Labra
Nacho Guirado · Pilar Sánchez Vicente
Gerardo Lombardero · José Luis Espina · Jorge Ordaz
Pedro Antonio Curto · Juan García Campal
Mariano Arias · Manuel D. Abad · Ernesto Colsa
Raúl Castañón · Luisgé Martín · Hilario J. Rodríguez
Manuel García Rubio

Una noche de verano

Asociación de Escritores
de Asturias

Índice

6 Javier Lasheras
Introducción

8 David Barreiro
H

13 José Ángel Ordiz
La noche de los mosquitos sordos

18 Fernando Fonseca
Viaje al olvido de mis adentros

23 María Luisa Prada Sarasúa
La noche del arpa

29 Ricardo Labra
La confesión

36 Nacho Guirado
Lágrimas de payaso

42 Pilar Sánchez Vicente
Y bailaré sobre su tumba

46 Gerardo Lombardero
La vuelta abajo de Herminio Revuelta

53 José Luis Espina
La última de todas las batallas

59 Jorge Ordaz
Mon amour, mon cannibale

64 Pedro Antonio Curto
Budapest

69 Juan García Campal
Retoñar a primavera

74 Mariano Arias
La niña y la noria

79 Manuel D. Abad
9:30. Verano Psicosis Blues

84 Ernesto Colsa
Rijo y canícula

90 Raúl Castañón
El peso del humo

98 Luisgé Martín
Junta de vecinos

105 Hilario J. Rodríguez
Pinchazo

110 Manuel García Rubio
Inventario

Introducción

Estos diecinueve cuentos vieron la luz por primera vez durante el verano de 2010, entre el 1 de julio y el 25 de septiembre. Con un intervalo de cinco días, cada uno de ellos se publicó en Literarias, la revista digital de literatura, artes y opinión de la Asociación de Escritores de Asturias.

Ahora, tal y como anunciamos en su día, aparecen juntos en esta edición digital. Sin embargo, a sus 19 autores no les une especialmente sus estilos o los argumentos de estas narraciones; sus biografías y bagaje literario son variados y pensamos que sólo su disposición ante este proyecto pudo unirles en algún pasado, allá por la primavera, cuando este reto les llegó a sus direcciones de correo electrónico.

La propuesta era escribir un cuento con la única condición de que, de una forma directa o sutil, hiciera alguna referencia a una noche de verano. Nada más. Y nada menos.

Con ello pretendíamos alcanzar dos objetivos. Por un lado, seducir a los escritores sin apretarles las cuerdas. Mostrarles un punto del mapa suficientemente atractivo como para que partieran hacia territorios insospechados. A partir de ahí, el límite sólo era su imaginación y un número aproximado de palabras. Y por otro, también queríamos acompañar a los lectores para que durante el verano contaran también con la presencia de Literarias desde cualquier geografía.

Estos autores y sus relatos no forman ninguna antología o selección, con ellos no se pretende aunar, destacar ni mucho menos ocultar nada ni a nadie. Por razones obvias, hay una mayoría de autores asturianos, pero que

de nada sirve para reivindicar posiciones, cuotas ni nacionalismos literarios. Si acaso, sólo la feliz existencia de todos dentro de una horquilla literaria que bien podría ir de un cabo a otro, de un paralelo a otro dentro de los límites de nuestra lengua y, un poco más allá, en aquellos lugares interesados en la literatura española actual.

Pero nuestro objetivo final «casi secreto» ha sido celebrar aquellas tardes estivales cuando los silencios y el tiempo casi detenido nos invitaban a sostener los libros entre el calor de nuestras manos ávidas de conocimiento e imaginación. Después llegaba una noche de verano, quizás algo mejor tras la lectura vespertina. Ahora, con otros medios pero igual fondo, se trata de mantener los textos en las pantallas con la misma luz e ilusión con las que entonces fijábamos e incendiábamos cada hoja.

Una mínima licencia: algunos autores han sido ya reconocidos por los lectores, otros lo son ahora y el resto deseamos que lo sean en breve. Mientras tanto, nos hemos atrevido a informar al lector con breves notas bio-bibliografías de cada uno de ellos. Los nuevos usos tecnológicos, la rapidez y el alcance que nos brinda Internet, permitirá a cada lector sumergirse en una mayor «y tal vez mejor» información. Para ello, bastará con pulsar un par de veces el botón izquierdo del ratón y escribir el nombre de cada narrador. Quién sabe adónde iremos a parar.

Javier Lasheras, diciembre, 2010

David Barreiro

H

David Barreiro (Gijón 1977). Aunque vive sujeto a la agreste realidad del periodismo, debutó en la ficción con la obra *Relatos posindustriales*, Premio Asturias Joven de Narrativa 2007, tras haber obtenido reconocimiento en diferentes concursos literarios a nivel nacional. Posteriormente, publicó *Mediocre* (InÉditor, 2009), una novela que él mismo (aunque lo niegue) protagonizaba. Su última obra es *Barriga*.

No recuerdo el día que la conocí, pero sí el momento en que cruzamos el umbral de su amistad, aquella noche de San Juan, la más corta del año. Hache se vistió con la parte inferior de uno de sus bikinis y un par de horquillas recogiendo en un rodete su pelo lacio y negro, y allí, semidesnuda y almagra en la antesala del verano, prendió la hoguera en una esquina de su terraza con el palito de un helado y una tarjeta de navidad devuelta por el cartero. Después continuó la fogata quemando un año de crucigramas inconclusos y autodefinidos tachados y fijó su vista en las llamas que emanaban de aquellas *Quiz* nunca terminadas hasta que el fuego secó las lágrimas cetrinas de sus ojos. Recuerdo que murmuraba hipnótica y con los ojos incendiados:

—Tonada andaluza… siete letras… vertical… tonada andaluza… siete letras… vertical… ¡Soledad! —dijo de pronto, y se levantó para recuperar de entre las cenizas aquella página como quien intenta rescatar de la basura las hojas sin vuelta del calendario. Hache pisó las ascuas con sus pies desnudos derritiendo el esmalte nacarado de sus uñas hasta que logró encontrar el crucigrama al que le faltaba la palabra que definía a aquellas dos almas arrumbadas que se morían a fuego lento en el techo de una ciudad llamada pasado.

Escribió las siete letras apoyada en mi espalda y pegó con saliva en la pared desconchada de su terraza aquella hoja quemada y arrollada como un pergamino para que nunca lográramos olvidar que, a pesar de los cócteles y las fiestas, seguíamos solos y perdidos en aquella atestada ciudad.

Las noches de verano se sucedieron en aquella terraza donde Hache vivía al margen de los males cotidianos que afectaban a los mortales, como el recibo del gas o la gripe. Decía orgullosa que jamás había estado enferma y fui testigo de su prodigiosa salud a pesar de que

en muchas ocasiones la lluvia le sorprendía casi desnuda en la terraza. Recuerdo una tarde que el sol se ponía con premura mientras Hache y yo bebíamos uno de sus célebres cócteles fabricados a base de bebidas blancas y sobras de cena. De pronto, las nubes se arrebujaron sobre nosotros y descargaron con violencia gotas embarradas. Yo me refugié en el interior, pero Hache ni se inmutó. Cuando pasó el chaparrón volví a salir, ella miró hacia arriba y dijo:

—Este cielo yo no es el de antes. De un tiempo a esta parte no tiene más que goteras y en las noches de verano las estrellas lo único que dan es sombra. En fin, al menos nos queda el consuelo de este olor a caucho garrapiñado del gres después de la tormenta.

Hache decía aquellas frases como quien lee un salmo responsorial y después fijaba la vista de nuevo en un autodefinido, sin importarle la dirección que tomaba el mundo. Pero incluso ella tenía obligaciones y, aunque prefería la soledad de su azotea, los jerifaltes de Chanteuse le exigían que acudiera a reuniones sociales para promocionar ese perfume que vestía en la contraportada del suplemento dominical.

En aquellas fiestas Hache era incapaz de juntar un par de pasos sin que salieran a su encuentro refinados pretendientes que buscaban la gloria eterna entre las piernas dóricas de mi amiga. Recuerdo que una noche, cuando volvíamos achispados y humosos de una presentación en el Ritz, me miró con sus verdes ojos tiznados de cobre y me dijo:

—David, ya no aguanto más a esos hombres. Tardo tanto en alcanzar la barra para rellenar mi copa que casi siempre llego con resaca.

Sonreí ante aquella frase tan llena de ingenio como de verdad, pero yo sabía que, a pesar de sus quejas, Hache tenía un prodigioso talento para deshacerse de aquellos moscones. Recuerdo otra velada que le pregunté qué le

había dicho al protagonista de *Estrella de mar* para que cogiera su copa rebosante y se alejara de ella a toda prisa por el salón. Hache miraba aparentemente distraída las perlas encendidas en la ciudad oscura, pero me contestó agrietando el carmín con su sonrisa:

—Qué tipo. Es muy guapo, pero fuera de la pantalla tiene el gracejo de un cuervo. Le dije que mi vermut estaba demasiado amargo y él se ofreció para pedirle al camarero que le quitara el ajenjo. Aún debe de estar en ello.

Después de decirme aquello Hache soltó una carcajada y dirigió la mirada a su vestido poblado de lamparones:

—Te lo digo en serio, querido, estoy harta de que esos mequetrefes vuelquen sus bebidas en mi ropa. La próxima noche que salgamos recuérdame que me haga una falda con el hule a cuadros de la mesa de la cocina.

Por desgracia, no hubo más noches. Aquello duró tanto como un bostezo y la primera noche del otoño Hache se había ido sin más explicación que el viento que dejaba a su paso.

Nunca me he encontrado con una mujer como ella, y por esa razón sé apreciar aquellos días de verano no tan lejos del cielo, cuando el tiempo aún no me había pisoteado con su espiral de silencio y sombra, cuando aún la vida no me había abandonado a la deriva de las conversaciones repetidas, las miradas apagadas y los besos empastados por el bis a bis de soledades.

Pienso en aquellas noches de verano que compartí con Hache y siento temblores al recordar cómo la pared color champán de la terraza se descascarillaba al ritmo creciente que moría mi juventud, que se dirigía sin pausa hacia un futuro corcovado en el que el miedo iba a apoderarse de mí hasta sumirme en esta caverna de cristal en la que ahora vivo, a través de cuyas paredes transparentes me conformo con observar que ahí afuera no perviven más que sueños

jamás cumplidos y realidades nunca soñadas, y donde las sonrisas se han ido pudriendo hasta convertirse en un enfisema de labios tumefactos que destilan la aflicción de una noche sin luna.

Porque cuando conocí a Hache, aquellas madrugadas estivales no tan cerca del asfalto, nunca hubiera pensado que el humo de mis cigarrillos que se elevaba hacia el cielo punteado de estrellas de la ciudad portaba en sus ondas el olor crematorio de mi juventud.

Compartí tantos sueños, crucigramas y cócteles con ella que no puedo perdonarme no haber comprendido que aquellas dos palabras que pronunció temblando la noche de San Mateo no eran otra cosa que una despedida, un abandono, y que cuando aquella madrugada dijo tengo frío, su mirada ya estaba de viaje y, en lugar de sacarle una rebeca azul marino del armario empotrado del vestidor, debí haberla abrazado para evitar seguir persiguiendo el resto de mis días su recuerdo por los rincones de su terraza, por las esquinas de una vida que sin ella no es más que un corazón acalambrado, atrofiado de no bombear más que el aire viciado de la derrota.

José Ángel Ordiz
La noche de los mosquitos sordos

José Ángel Ordiz (La Pedrera, San Martín del Rey Aurelio, Asturias, 1955). Licenciado en Ciencias Químicas por la Universidad de Oviedo, fue profesor de Física y Química en varios institutos (principalmente en el IES Padre Feijoo, de Gijón). Ha publicado relatos cortos en colaboraciones y antologías, y en revistas literarias como *Rey Lagarto* o *Eñe*. Algunas de estas narraciones han sido reunidas en el libro *Relatos impíos*. Es autor de las novelas *Las muertes de un soñador* (Premio Cáceres 1994, El Brocense, 1995), *Buenas noches, Laura* (Premio Onuba 2006, Editorial Onuba, 2006), *Mujer te doy* (finalista en el premio Ángel Miguel Pozanco 2008, Biblioteca CYH, 2009), *Las luces del puerto* (Hera Ediciones, 2010) y *El narrador de historias fantásticas* (Vision Libros y Lord Byron Ediciones, 2010).

Llegué al hotel de anochecida, como habíamos convenido. El día, caluroso y húmedo, aunque no soleado, se despedía con una placidez veraniega de la que yo, asomado al balcón orientado hacia el río, carecía en mi interior. La llamé. «Doscientos dos», dije únicamente, y ella cortó la comunicación sin pronunciar otro vocablo que el «Dime» inicial. No hacían falta más palabras telefónicas; antes bien, podrían comprometerla, delatarnos. Guardé el móvil en el bolsillo del pantalón, fijé la mirada en las menguadas y perezosas aguas del cauce. Embarazada… Un hijo mío…

«¿Mío?»

«¡Sí, tuyo, tuyo! »

«¿Estás segura?»

«¡Sí! »

«Pero nosotros…»

«Pues lo estoy. Me follas como un animal, se rompería la goma»

«Eres tú la que me pides…»

«¡Yo no te pido nada!»

«Bueno, cálmate ya, que todo tiene solución»

«No abortaré»

«¿Y si sale la criatura clavada a mí, con mi pelo y mis ojos?»

«Que salga como quiera»

«Escúchame, tenemos que vernos, pensarlo»

«Yo ya lo he pensado»

«Te espero mañana en el hotel que está junto al río»

«No me convencerás»

«Convénceme tú a mí»

«Vale, en ese hotel»

«Te llamo cuando llegue, al oscurecer»

Ya no se veía el río cuando me retiré del balcón, luces de ciudad a izquierda y derecha, y al fondo del telón nocturno;

ninguna luz en mis negras reflexiones. Un hijo… Aunque no sería hijo mío, sino de ella y del marido si la criatura no salía clavada a mí, albino y con estos ojos claros que reconocería el esposo, mi jefe en la empresa nada afectada por la crisis económica mundial pues está de moda la incineración de cadáveres. Las once en el reloj, las doce. Y ella no aparecía. Busqué el canal de los deportes en la tele. Tenis de alto nivel, arte deportivo, vano o admirable, según se mire, cierto es que somos distintos al resto de los animales por semejantes artes y pasiones: los mosquitos no juegan al balompié, pongamos por caso. El cambio climático en otro canal, el calentamiento en la superficie del planeta justo cuando correspondería una nueva glaciación: más materia prima para nuestra empresa, viva la contaminación. Me desnudé, me tendí en la cama. No la quería ni poco ni mucho, sólo la deseaba de cuando en cuando. Y la follaba como un animal porque ella me lo pedía a veces, sí, y, cuando no me lo pedía, para joder al marido mandón a través del cuerpo de la esposa aunque él no lo supiera: cualquier desahogo es bueno cuando no hay otro.

Estaba a punto de quedarme dormido —no servía el allá tú, el allá ella: podía perder yo el puesto de trabajo; con todo, al fin conciliaba el sueño, esa muerte temporal que en realidad repara los estragos de la vigilia— cuando oí al mosquito, ese zumbido, ese sonido de trompetilla que inquieta como el estridor de una sirena. Rondó mi rostro y sólo logré abofetearme dos veces al pretender aplastarlo. Encendí luces, me levanté. Te vas a enterar. La toalla mayor del cuarto de baño en la mano derecha, la mirada inquisitoria por techo y paredes. ¡Allí! Al suelo la lámpara de la mesilla. ¡Allí! Al suelo el adorno de la mesa del escritorio, el contenedor oval, y los cantos rodados que antes llenaban el cuenco de vidrio esparcidos por la moqueta. ¡Allí! Al suelo el cuadro que yo mismo hubiera pintado

mejor, aquella simple raya negra, irregular, sobre fondo blanco. Me rendí. Busqué refuerzos, marqué el uno en el teléfono del hotel.

—Oiga, señorita.

—Señora.

Recordé que la recepcionista también estaba embarazada, casi de parto a tenor del tamaño de la barriga.

—Qué desea, caballero.

—Hay en la habitación un mosquito que me impide dormir.

—Imposible, caballero. Todas las habitaciones del hotel cuentan con generadores de ultrasonidos antimosquitos.

—Pues este mosquito será especial, estará sordo. ¿No tendrán por ahí un insecticida?

—Son innecesarios en este hotel, caballero.

—Le digo que…

—Podemos cambiarle de habitación si lo desea.

—¡No, no lo deseo!

Colgué el teléfono con violencia. Coloqué el cuadro en su sitio, recogí el cuenco de vidrio coloreado, lo rellené con los cantos rodados que no pateé. Casi me electrocuto al intentar que luciese la bombilla de la lámpara de la mesa de noche. Me refresqué en el cuarto de baño, me armé con otra toalla. Esto no se quedará así, mosquito de antenas sordas. Alguien llamó entonces a la puerta.

¿Ella? ¿A semejantes horas? Bueno, mejor tarde que nunca, y mejor ella que el marido.

Era el del mantenimiento del hotel, turno de noche.

—¿Me permite una rápida comprobación? Serán apenas unos segundos.

Ningún defecto en el generador. Ni rastro del mosquito sordo.

—¿Desea cambiar de habitación?

—No, de eso nada. Yo me quedo aquí.

—Sólo pican las hembras, ¿lo sabía?

—¿Las hembras?

—Los mosquitos machos no se alimentan de sangre.

—Pero hasta mañana no sabré si se trata de macho o hembra.

—Ya le digo que el generador…

—Sí, sí, ya.

—Buenas noches, caballero.

—Compren insecticidas, ¿me oye?

Hijos que se convierten en padres antes de regresar al lugar del que procedemos, la nada o el todo, qué absurda carrera de relevos hacia el misterio para mí, qué lástima no ser creyente. El sueño nuevamente; reparador, liberador. Ahí te quedas hasta mañana, mundo.

¡Otra vez el mosquito!

Allí... Allí... Allí.

—¡Te maté, cabrón!

Sangre en la pantalla del televisor, y restos mínimos, pero visibles, del insecto. Las pruebas. Al día siguiente, más descansado, les mostraría las pruebas.

La voz: te quedarás sin empleo, y probablemente sin dientes ni nariz, sin vida quizás, por culpa de un espermatozoide tan huidizo e inoportuno como el insecto sordo.

¡Y muerto! Buenas noches, voz, mundo.

¿No arreglas el estropicio? ¿No cuelgas el cuadro? ¿No recoges los cantos rodados, esparcidos por la moqueta de nuevo, ni pones la lámpara sobre la mesa de noche?

¡No! Ni ahora ni… ¡No puede ser! ¿Otro mosquito? ¿Dos mosquitos con antenas sordas?

Pues sí.

Todo lo demás, lo que justifica por qué mato insectos desde aquella noche sin descanso, con insaciable rencor, insectos machos o hembras, insectos inocentes o culpables, sucedió a continuación.

Fernando Fonseca
Viaje al olvido de mis adentros

Hernando Fonseca (Oviedo, 1956) ha publicado *Palabras para Larva* (textos sobre la novela de Julián Ríos, junto a otros autores como Juan Goytisolo, Severo Sarduy, Rafael Conte, Saúl Yurkievich, José M. Oviedo, Emir R. Monegal, A. Sánchez Robayna...) Edicions del Mall. Barcelona, 1985; *La voz geométrica* (ensayo sobre arte y literatura) KRK ediciones. Oviedo 1992; *El mirlo y la boa* (novela) KRK ediciones. Oviedo, 1995; *Palabras de cocaína* (novela) Ediciones Endymion. Madrid, 1999; *Los días de la pereza* (novela) Ediciones Endymion. Madrid, 2003; *Pabellón de eternos* (ensayo, una aproximación a las más destacadas novelas del siglo xx) KRK ediciones. Oviedo. 2006; *Amanece en Praga* (teatro) Laria Editorial, 2008. Además, ha participado en publicaciones colectivas y su nombre y su obra han aparecido en antologías y artículos de revistas y periódicos. En 2006 obtuvo el Premio de la Crítica de Asturias por *Pabellón de eternos*.

No obstante, me derrito. No era mi intención escribir, pero sin más me he visto escribiendo. En realidad mi deseo no es otro que pulsar mi nervio nocturno una vez asumido el insomnio propio de una noche de verano en Tozeur, donde me parece que vivo ahora. Afectado por un ritmo cardíaco lento, aliviadas mis habituales urgencias urinarias, fresco aún el sinsabor de ese sueño recurrente en el que, no sé por qué extraña razón, termino siempre representando a un hombre, por llamarlo así, de Magritte y, comoquiera que sea, porque a estas horas el resto de la especie humana respeta las oscuras estancias del silencio, como decía, afectado por todo eso y más, considero que mi escritura irremediablemente ha de verse condicionada y manifestarse distinta, obra de otro hombre, por llamarlo así, en un cuadro de Magritte.

Hace muchos años que no me retiro a escribir por las noches, así que en estos precisos instantes no sabría decir qué elementos pueden caracterizar mi circunstancial escritura nocturna. Bebo un vaso de agua y contemplo desde la ventana la plaza vacía y vagamente adornada con los reverberos, flotando sobre el baldosado, de las humildes farolas y me sobresalto con la ráfaga de luz que dejan los faros de un automóvil al pasar y que barre el techo de mi cuarto (pensé en un faro seguidor, como los del teatro, que me buscaba). Un bulto oscuro y extendido sobre un banco me lleva a pensar que ahí hay un hombre durmiendo al raso que parece protegerse contra el calor de la noche con un capote Truman o tal vez un Macintosh. Pienso que se trata de un mendigo o un pariente que con toda seguridad mañana, a primera hora, habrá desaparecido del mundo sin dejar rastro, llevándose consigo el dichoso capote o el impermeable junto a su adornada infelicidad en el agobio caluroso de esta noche incivil, como si ese hombre, por llamarlo

así, fuese yo o un atildado sin rostro de Magritte. En el cielo de la noche no hay pájaros, cuando, como todo el mundo sabe, en Tozeur cada mañana una lluvia de loros saliendo del palmeral nos invita al nuevo día. Yo los veo, lo juro.

Ahora constato la fragilidad de mis razonamientos y la sospecha abarca cada recoveco de mi pensamiento poroso. El reloj despertador tiene trece horas y calzo las zapatillas al revés: la del pie derecho la llevo en el pie izquierdo y la de éste en el otro pie, escribo con la mano siniestra sobre un papel que se arruga porque escribo dentro del agua que hay dentro de esta pecera que es mi casa, y mis palabras se despegan del papel formando aros que forman burbujas que van a la superficie del agua para explotar. Literaguaaaa… Es así como escribo yo.

Ahora sí, enciendo el quinqué y a continuación la radio y me siento a la mesa del escritorio, de donde recupero el libro de Nabokov que todavía ayer estimulaba mi predisposición a la escritura. Abro el libro al azar y un pálido fuego salta alegre desde sus páginas en forma de mil mariposas de otros mil colores que vienen a estrellarse contra mi desprevenido rostro. Ahora tengo cabeza de asno como Bottom el tejedor y, al igual que Malone, imagino mi retrato como la fotografía de un burro. Todo lo demás me la sopla.

Me derrito y me consuela saber que la literatura es metamórfica en sí misma, y quien no entienda esto que deje tranquilos a los demás. Por cierto, en la radio está sonando *Capri, c´est fini*, canción que me hace evocar a una furibunda mujer que me doblaba la edad y a la que creo haber amado, en la inmensidad beige de una playa del Midi, a la vez que compartíamos un destartalado cigarro de marihuana. Recupero la voz grave de aquella mujer y sus contundentes palabras en francés norteafri-

cano: *je ne crois pas que j´y retournerai un jour*. Era su forma cruel de despedirse de mí, y me lo decía medio cantando. Finalmente, un tanto airada, me dijo Capri, c´est fini y la perdí para siempre, salvo estos retornos alevosos que mi memoria propicia a veces.

Escribo a pesar de las alteraciones que me afectan como un mal recóndito. No se me ocurre otra cosa, apenas nada, pero sin embargo sé que estoy escribiendo mientras me derrito y de repente me dispongo a pensar en un futuro lector de estas palabras que ahora mismo salen de mí sin que yo sepa a ciencia cierta qué significado guardan ni porqué motivo salen de mí en estos momentos. Un futuro lector que, sin embargo, está leyendo aquí mismo. Otra cuestión sería preguntarse ¿por qué permito que salgan de mí estas palabras?... ¿Por qué me hago estas preguntas?... Pero las preguntas, cuando se trata de preguntas baldías, es mejor olvidarlas y, en todo caso, delimitarlas. De modo que una tercera opción interrogadora —¿para qué?— muere antes de nacer bajo un violento tachón de inequívoca intencionalidad.

Escribo a mano y apretando los dientes. Nada se me ocurre porque a estas alturas de la noche y con esta temperatura de agobio no hay cuento posible, no hay ficción, digamos que en lugar de palabras dulces lo que respiro es esta ceniza que seca mi boca de Chandos. No queda imaginación suficiente para ir tirando. No queda tinta y las mariposas han volado a otra esfera, mientras los loros se emborrachan en el palmeral. Todo eso me digo en tanto escribo. Sé que estoy escribiendo aunque al mismo tiempo ignore lo que escribo. ¿Para qué? (tachón)… El reloj despertador tiene nueve horas y un cuarto y en mi habitación canta el tic-tac, tic-tac, tic-tac… de la soledad. Mi intención no es otra que ponerme a prueba y escribir, pero me coarta pensar que a la mañana siguiente —una

vez espabilado por la lluvia de loros— habré de leer lo que aquí deje escrito y, lo que es más cruel, juzgarlo con el inevitable riesgo de no reconocerme a mí mismo, y eso mata. Porque esa es mi intención, ponerme a prueba y llegar a conocer mi escritura nocturna, en definitiva, la escritura de un desconocido, cuando ya nadie a mi alrededor articule palabra, cuando nadie hable solo ni comente avatares que únicamente a terceros les conciernen, cuando nadie está o cuando nadie es siendo una mancha humana estrellada en un cuadro de Magritte. O danzarinas de Degas o narcisos de Wilde o paraguas de Satié o la trompeta de Vian o un sombrero de Beuys o la pipa de Simenon o suspiros de España o una multitud en dispersión… Hablo de esos pequeños seres que habitan mi soledad y que ni hablan entre ellos ni lo hacen conmigo, ya fuese mediante señas o mediante intenciones aviesas. Personajes usados en otras historias antiguas, y por lo tanto decentemente olvidados, o listos para las posibles historias que en adelante pueda yo escribir fuera de Tozeur. Hombrecitos que en un cuadro de Magritte harían de lluvia. Hablo igualmente de mí. Insisto, no era mi intención escribir, mas el insomnio en esta caliginosa noche de verano me ha traído hasta aquí y ahora no veo, no oigo, no pienso y ni siquiera deseo otra situación que la de enlazar palabras enlazando frases que enlazan un texto… La literatura, una vez más, me lleva a esto: la autodestrucción. Me he derretido, me soporto y escribo, no obstante.

María Luisa Prada Sarasúa
La noche del arpa

María Luisa Prada sarasúa (Mieres, Asturias) ha publicado *Vivir al sol*, KRK Ediciones, 2004; *Bajo el agua*, KRK Ediciones, 2005; *En el túnel*, KRK Ediciones; *Una cita en Arlés* KRK Ediciones, 2007; *Manarola*, KRK Ediciones, 2008 y *El hierro del mayoral*, KRK Ediciones, 2009.

El bullicio de la gente y las gracias de los mimos haciendo carantoñas a los más pequeños, animaban aquella noche en Portoferraio, capital de la isla de Elba.

Sentados a la mesa de uno de los muchos restaurantes instalados alrededor de la plaza, dos profesoras y una treintena de alumnos de un colegio español, daban cuenta de la cena mientras comentaban la visita realizada durante el día a los pueblos de la isla y la información escuchada por boca del guía sobre su origen volcánico y sobre el interés que había suscitado en civilizaciones de griegos, etruscos, y cartagineses quienes, durante siglos, se la disputaron con el deseo de apoderarse de sus yacimientos minerales, así como que en ella había reinado durante algo más de diez meses el mismísimo Napoleón.

Pero, aunque aquella explicación había resultado interesante para algunos, para otros no era lo que más les importaba de la isla ni del viaje. Lo mejor, si duda, era el haber tenido la oportunidad de disfrutar de sus playas, de su sol y sobre todo de la compañía de las estudiantes que sin la tutela familiar daban rienda suelta a sus ganas de vivir y a su deseo de pasarlo bien.

En esa conversación estaban cuando las farolas de la plaza se apagaron dejando como única iluminación las velas colocadas sobre las mesas que convertían el lugar en algo mágico y lleno de misterio.

Pocos segundos después unos focos de gran potencia daban luz a la tarima colocada al fondo de la plaza en la que, según lo programado, iba a celebrarse un concierto de arpas.

Laura, cogió entonces el programa que estaba encima de la mesa con el deseo de conocer las piezas que se iban a interpretar.

Había de todo; temas bellísimos de los compositores Vivaldi, Mozart, Claude Debussi, Maurice Ravel y de

algunos otros no tan conocidos, que a pesar de haberlos escuchado en numerosas ocasiones, hacerlo ahora en aquel lugar único, sin duda harían del espectáculo algo inolvidable y singular.

Pero, a pesar de la belleza de las composiciones, solo una de ellas la hizo recordar algo querido y lejano que ni el tiempo transcurrido desde entonces había podido borrar; algo vivido en sus años de estudiante cuando la escuchó abrazada al primer hombre que había amado, en otra noche de verano, en un teatro instalado al aire libre en una playa francesa, ejecutada por una orquesta compuesta solamente por arpas que interpretó «*para ellos dos*» el Vals de la Musetta de la ópera La Bohème del compositor Giacomo Puccini.

Aquel abrazo, antesala de lo que ocurrió después, la hizo conocer un nuevo sentimiento y fue durante aquel trimestre en el que los dos, estudiantes extranjeros en Francia, habían aprendido a quererse y a vivir la mayor historia de amor de toda su vida; una historia, que había terminado al acabar el verano cuando ambos volvieron a sus países de origen, él para seguir con su novia de siempre y ella para casarse años después con la persona de la que se había divorciado hacía apenas dos meses.

Recordando aquélla época, Laura sintió dentro de sí algo a lo que no quería dar nombre y, cuando los músicos comenzaron a ocupar sus puestos, miró a su alrededor pensando en lo maravilloso que sería si la persona en la que estaba pensando estuviera entre todas las que llenaban la plaza.

Poco a poco, y entre grandes aplausos al final de cada pieza, los artistas fueron ofreciendo sus obras con una perfección exquisita. Aquellas melodías, magníficamente interpretadas hacían que el silencio entre los asistentes

fuera sepulcral intentando escuchar y sentir aquellas obras como algo infinito y maravilloso.

Solo ella no prestaba atención a lo que estaba sucediendo. Sin saber el motivo, o quizás esperando un milagro, deseaba que fueran ejecutadas las cinco primeras con el deseo de que al llegar la sexta, la que ella había escuchado con la persona que llegó a ser lo más importante en su vida juvenil, esta apareciera para llevarla a una playa y amarla con el mismo deseo de aquel día.

De pronto un sudor recorrió todo su cuerpo y tuvo la sensación de que alguien la observaba con atención. No necesitó muchos segundos para saber que él estaba allí. Su corazón se lo decía y este jamás se equivocaba.

De pronto la persona que la miraba se levantó de su asiento y se dirigió sorteando a la gente hasta la mesa que ella ocupaba. Cuando estuvo a su lado, y como si se hubieran visto el día anterior, el hombre le dijo al oído *Viens avec moi.*

Laura habló entonces con su compañera y le pidió que siguieran sin ella. También le dijo que volvería antes de que finalizara el concierto pero que, de no ser así, se encontrarían en el hotel.

Sin más explicaciones y fascinada al comprobar que su pensamiento se hacía realidad, abandonó el lugar y siguió al hombre que la precedía y que a paso ligero se dirigía a la playa.

Fue una vez allí cuando el tiempo retrocedió para los dos y al contemplarse sin decirse nada, volvieron a ser aquellos jóvenes que se habían amado por primera vez hacia ya muchos años en una ciudad francesa, tras asistir a un concierto de arpa.

Iluminados por la luz de la luna que en aquel momento se reflejaba en el mar y por un cielo cuajado de estrellas, y arrullados por el murmullo del agua deslizándose sobre

la arena, vivieron de nuevo su amor no olvidado que se hacía presente otra vez en un lugar al que ninguno de los dos pertenecía.

Él le contó que seguía viviendo en Inglaterra, el país donde había nacido, que estaba en Elba en viaje de negocios, que era un hombre infelizmente casado y padre de tres hijos a los que nunca podría renunciar, y quizás para consolarla, si es que había necesidad de hacerlo, le dijo también que, a pesar de haber conocido a muchas mujeres, la única en la que pensaba cuando estrechaba en sus brazos a las demás, había sido y sería para siempre su primer amor; Laura.

Ella le dijo que su vida transcurría tranquila tras haberse divorciado de la persona con la que había estado casada durante varios años; que se dedicaba a la enseñanza en un colegio español y que había encontrado en su trabajo y en sus viajes, la felicidad y estabilidad que nunca antes había conocido.

Después, todo fue sencillo, y cuando al final tuvieron que despedirse, no se hicieron promesas que pudieran unirles en el futuro, ni tampoco reproches por parte de ninguno de los dos, solo un juramento que ambos deseaban cumplir, el de seguir recordando aquella noche en la que por primera vez habían sabido lo que era el amor.

Cuando cogidos por la cintura dejaron la playa, y volvieron a escuchar los acordes de su melodía que había vuelto a ser interpretada a petición del público, ambos comprendieron que estarían unidos para siempre aunque les separaran miles de kilómetros.

De nuevo en la plaza, cada cual se dirigió a la mesa en la que les esperaban sus acompañantes, y minutos después de tomar asiento, el espectáculo llegaba a su fin.

El público asistente premió con sus aplausos la interpretación de los artistas y poco a poco las farolas se fueron encendiendo.

Desde su mesa, Laura vio como el hombre de su vida dejaba la suya y acompañado de sus colegas abandonaba la plaza.

No miró hacia atrás. No era necesario hacerlo. Ya se lo habían dicho todo en la playa y ese recuerdo valdría para ellos mucho más que cualquier realidad.

Ahora, la vida disponía que tendrían que separarse de nuevo pero Laura tenía la convicción de que en cualquier otro lugar del mundo, y en cualquier otra playa de cualquier otro mar, ella volvería a sentirse abrazada por la persona a quien siempre había amado pues su corazón, que nunca se equivocaba, le decía que habría para los dos una nueva noche de verano.

Ricardo Labra
La confesión

Ricardo Labra (Sama de Langreo, Asturias, 1958) ha publicado *La danza rota* (1984), *Último territorio* (1986), *Código secreto* (Luna de Abajo, 1988), *Aguatos* (1990), *Tus piernas* (2002), *Los ojos iluminados* (2003). Ha sido, asimismo, el responsable de antologías como *Muestra corregida y aumentada de la poesía en Asturias* (1989), *Las horas contadas* (1993) o *La calle de los doradores* (1997). Coordinó el libro *Ángel González en la Generación del 50. Diálogo con los poetas de la experiencia* (1998). Ha colaborado en diversas revistas literarias y, como articulista de opinión, en periódicos como *El Comercio* o *La Nueva España*. Además, en 2006 publicó el libro de relatos *La llave* (Ediciones Trea).

«El miedo era el aire de las calles. Un miedo sofocante que adormecía las conciencias. Arbal estaba paralizado, pero sus habitantes se movían con rapidez por las aceras, buscando el resguardo de los aleros en las horas diurnas, para ahuyentar el escalofrío de su sombra. Extraños entre extraños, los vecinos parecían haber perdido la memoria y se miraban unos a otros con desconfianza. Nadie se fiaba de nadie y daba la impresión de que a nadie le importaba nadie, aunque todos ellos anhelasen lo mismo: sobrevivir.

»Las noches eran largas y los coches las recorrían con el trote corto de la muerte. Cuando el ruido del motor de un vehículo cesaba ante la puerta de una vivienda, sus vecinos sabían que alguno de los moradores de la casa iniciaría un viaje sin regreso, que daría su último «paseo». Pero los aires del miedo son cambiantes, en tiempos de tormenta resulta difícil prever cuál será la dirección definitiva de los vientos. Esa fue mi carta.

»Muchas familias trataban de tener un comodín por los servicios prestados, un salvoconducto que les asegurase el paso a otra situación, que les permitiese orillar la nueva corriente sin verse sometidos a sus torbellinos. Las buhardillas, los falsos tabiques, los sótanos, las perreras, se convirtieron en el lugar idóneo para dar asilo al adversario político, al condenado a muerte por un tribunal invisible. En su desdichado desamparo, veían también la que podría ser su propia suerte. Algunos de los que luchaban desde una trinchera sabían que sus hijos estaban en la casa de la persona que les disparaba apostada en la trinchera contraria.

»La situación se volvió muy peligrosa. Los escondidos fueron buscados con saña. Muchos cayeron como conejos sorprendidos en su conejera. Un chivatazo, una sospecha, un paso en falso y la familia descubierta caía

en desgracia; los suyos los consideraban unos traidores a la causa, los otros, unos miserables canallas: por su delación o por su interesada negligencia en la custodia.

»No es jactancia, pero me resultó fácil moverme en función de mis intereses por los vendavales de aquella tormenta. Bastaba con que detectase una casa con gusano dentro. Una vez localizada, seguía invariablemente el mismo plan, que nunca fallaba. Merodeaba por sus alrededores, y, de vez en cuando, volvía mi rostro hacia su fachada, tejiendo los hilos de mi telaraña. Simplemente por este gesto de inofensiva apariencia, daba a entender que conocía lo que negaban sus muros y el aspecto habitual de sus ventanas, con lo que aumentaba, aún más, la intranquilidad de sus inquilinos. El siguiente paso no lo daba yo, dejaba que ellos lo diesen. Por mucho que sorprenda, creían que me evitaban, que seguían los itinerarios más improbables para no encontrarse conmigo, pero sus pies les arrastraban ante mi presencia, atraídos por una fuerza irrefrenable.

»—Sé que tiene a una persona escondida en su casa. Pero no tema, no voy a delatarle.

»—¿Qué pretende entonces? No tenemos dinero, ¡si apenas podemos comer!

»—No se preocupe, no quiero más que el imprescindible para descargarle de su compromiso.

»—¿Qué quiere decir?

»—La situación se vuelve cada vez más complicada, más insostenible. Ya no existen lugares seguros. Igual que yo me enteré…

»—Dígame, ¿lo sabe alguien más?

»—El caso es que no llegue a quien no deseamos, aún estamos a tiempo.

»—¿A tiempo de qué?

»—O le busca otro lugar más seguro, o si quiere yo puedo trasladarlo a Zona Nacional.

»—¿A Zona Nacional?

»—Por la montaña, hasta alcanzar los montes de León.

»Después sólo me quedaba esperar. La noche y el miedo abrían los velos cegadores de la esperanza. Había quien dudaba, pero bien sabía que sus dudas contenían una firme decisión. Conseguir el dinero no resultaba fácil, pero siempre lograban reunirlo a costa de nuevas privaciones. Los detalles que les daba eran precisos, el viaje duraba tres días, tenía que sobornar a los miembros de algunas patrullas, pagar el silencio de dos familias campesinas que nos facilitaban sus pajares; por lo demás, el camino, salvo imprevistos, resultaba seguro. Una vez alcanzadas las fuentes del Esla, el fugitivo seguiría solo hasta uno de los pueblos anillados al río, en el que podría certificar su nueva situación y reclamar ayuda. El tiempo y los jinetes de la noche jugaban a mi favor.

»El liberado siempre era el mismo, con el mismo rostro, como si la angustia y el miedo dibujasen sobre los huesos la misma cara. Un curioso efecto que al principio me inquietó, por recordarme las variaciones que tienen los malos sueños, lo que me hacía extremar las precauciones. Cuentan los soldados que tienen la sensación de haber matado siempre al mismo hombre, a veces lo ven por la calle, o tomando un café a su lado, y se estremecen. Yo tengo la impresión de haber viajado con el mismo prisionero, por el mismo camino, en la misma noche. Aunque trataba de encontrarles diferencias, como en un juego, «en esta ocasión es más alto», me decía, o «parece más joven» o «mucho más viejo».

»El movimiento más peligroso se encontraba a la salida de Arbal. Yo iba el primero, tirando por una cuerda

invisible del espectro que me seguía a unos diez metros de distancia. Nada más bordear el río y dejar a un lado el cementerio, que ponía un fantasmagórico límite al pueblo, nos sumergíamos en la espesura del bosque. Entre su follaje se fundían nuestras sombras y cruzábamos las primeras palabras, un diálogo entrecortado que conocía demasiado bien. La noche y el camino nos hermanaban, no se sabía quién ayudaba a quién. Un resbalón, y él me tendía su mano; un ruido inquietante, y yo le tapaba la boca. El ser desconfiado y distante que había iniciado el viaje se transformaba, según avanzábamos, en un agradecido y fiel amigo, también en el mejor confidente.

»Por el día dormíamos en los pajares registrados en mi mapa; por la noche continuábamos ascendiendo los sinuosos relieves, casi siempre en compañía de una Luna muda que iluminaba los valles como un sol ciego. El aire fresco y purificado de la cordillera hacía pensar en una realidad distinta. Los animales nocturnos se dedicaban a la actividad que invariablemente habían hecho, durante siglos, sus antecesores, ajenos al objeto de nuestra penosa marcha. La guerra y las bajas pasiones parecían propias no sólo de otro espacio, sino de otro tiempo. En algunas ocasiones mi compañero de viaje —vuelvo a repetir que tengo la impresión de que siempre era el mismo— lloraba por la dulce sensación de libertad que recorría su cuerpo y porque recordaba los amargos días vividos en un agujero.

»No me demoraré más ni daré más detalles, por otra parte previsibles, de las conversaciones mantenidas en esos momentos de cercanía. La última noche del viaje era la más agotadora. Teníamos que doblar la arista de la montaña para alcanzar las escarpadas laderas de los valles leoneses. Los hayedos son las formaciones forestales más representativas de aquellas estribaciones; sus árboles, muy frondosos, pueden alcanzar hasta treinta metros

de altura; pero además de los hayedos también existen otras variedades arbóreas, como el acebo, el serbal de cazadores, el tejo, y en las vaguadas más umbrías, los avellanos; entre ellos crecen en desorden los piornales y la retama blanca. La marcha resultaba muy dificultosa por esa espesura. Los arbustos parecían tirar de nuestros pies para que no continuásemos el viaje. A veces dos siluetas nos sorprendían, agazapadas, detrás de un árbol: eran nuestras sombras, que trazaban los signos inquietantes de una emboscada. El viaje comenzaba a surtir sus efectos. El cansancio y la fatiga, que hasta ahora habían quedado encerrados en un cuarto oscuro, aparecían con toda su crudeza en el cuerpo de mi acompañante, que jadeaba al levantar las pesadas losas de sus pies. El Esla, cuya denominación antigua *Astura* llegó a dar nombre a un pueblo, tiene un origen enigmático y ramificado; en sus orillas, como en los legendarios ríos de la historia, creció una oscura civilización que acaso todavía traza sus designios sobre aquellas laderas llenas de dolinas, sumideros y jous.

»—Ya estás a salvo, ahora descansa un poco; más tarde te acompañaré hasta uno de los brazos del río. A partir de ese momento continuarás solo, a menos que quieras cambiar los papeles y ser tú quien me lleve de nuevo con los míos.

»Estas palabras surtían sus efectos. El prisionero me abrazaba contemplando los frondosos árboles que descendían monte abajo como una verde escalera, para dejarse caer, como un niño exhausto, por los peldaños del sueño. A veces paseaba alrededor del durmiente; en otras ocasiones actuaba con rapidez. Desenfundaba la navaja, yo no era Horacio Brisca, no podía darles ninguna ventaja, pero sí quería que me vieran, que comprendiesen. Cuando les despertaba iniciaban el movimiento de levantarse con la sensación de haber dormido varios

días seguidos, clavándome sus ojos culpables. Justo en ese instante percibían la mordedura letal del acero.»

Los siete hombres que le escuchaban guardaban silencio, apoyados contra los sillares de piedra, como si fueran un bajorrelieve vivo de aquellos muros monacales.

«En realidad no hacía más que prolongar su suerte y aplicar la sentencia del tribunal invisible que velaba por nosotros. Estaban condenados y yo les procuraba otra muerte distinta, les alargaba el plazo, les ofrecía la oportunidad de percibir otras sensaciones, al mismo tiempo que servía al poder instituido, y a mantener en pie el edificio de nuestros ideales. Por eso cobraba por adelantado los servicios prestados, antes de desvalijarles. De haber actuado todos como yo, no habríamos perdido la guerra. Por supuesto, no he dejado testigo alguno que pueda acusarme, y a los ajusticiados nadie les arrancará el último sello. Podrán sospechar que no hayan llegado a beber las aguas del Esla, pero ¿quién, en estos tiempos de inmundicia, está libre de sospecha? Además, ¿qué pensáis que es una guerra?, ¿en qué mundo habitáis todavía? Una guerra es una selección natural, en la que sólo sobreviven los peores o los mansos sin corazón. Gente como yo les somos muy necesarios a los triunfadores, nos necesitan para justificar sus atrocidades, su inclemencia, ahora más que nunca. Sin nosotros no podrían establecer su escala de valores, ni edificar —de entre los escombros— la jerarquía moral de sus leyes. En cambio, vosotros sí que sois una lacra, para unos y para otros, que tal vez se solucione este amanecer»

La Luna se filtraba por los altos ventanales del monasterio, con la luz de un sol ciego.

Nacho Guirado
Lágrimas de payaso

Nacho Guirado (Oviedo, 1973). El primer empujón para intentar hacerse un hueco en el mundo literario se lo dio la Sociedad Cultural Recreativa Clarín, al concederle el segundo premio en el concurso de relatos del año 2003, por *El abismo de la cama*. Ese mismo año, obtuvo también el segundo premio por el relato *La mano de arcilla,* en el concurso literario convocado por el Ayuntamiento de Portugalete, y la publicación del relato *Candela y Cosme* en Art Nalón 2003. En 2005 repetiría publicación en Art Nalón con *Veinte euros*.

Su novela *El beso que no di* (inédita) resultó finalista del premio de novela corta Cristóbal Zaragoza; fue segundo premio de novela corta Ciudad de Dueñas (Palencia) por *Antes de las doce;* en 2005 obtuvo el primer premio en el Certamen Internacional Alfonso Grosso de Sevilla por *Retratos de familia,* y también el premio de narrativa de la Diputación de Guadalajara por su novela *No siempre ganan los buenos* (2008). Fue este premio el que le abrió la puerta de una editorial, Ediciones B, con la que publicaría las dos siguientes novelas de género negro: *Muérete en mis ojos* (2007), *escogida novela Talento Fnac,* y *No llegaré vivo al viernes* (2008). Su última novela, publicada por Martínez Roca, es *La lista de los catorce* (2009).

Como todas las noches desde su llegada a Honduras, Marcos comenzó a recorrer el cuarto. Con el foco de la linterna inspeccionaba cada rincón a la caza de zancudos, gegenes o alacranes, golpeándolos luego con la chancla. Mientras, Sara acostumbraba a sacar las sábanas prestadas por la ONG y hacía la cama. Pero, en esta ocasión, cuando Marcos se cansó de aporrear las paredes de adobe e iluminó a Sara, la encontró sentada sobre el colchón, con la barbilla hundida en el pecho, inmóvil, y las sábanas dobladas, a su lado.

—¿Estás bien?

Ella levantó la cabeza y forzó una leve sonrisa.

—Cansada.

Marcos asintió.

Entre los dos hicieron la cama. Luego, Marcos sacó de la mochila la manta de viaje. «Estaremos muy altos», había predicho al realizar los preparativos, «seguro que de madrugada hace frío». Pero no había que esperar a la madrugada. De sus bocas nacían breves nubecillas de vaho. Sara empezó a quitarse la ropa, pero Marcos la detuvo.

—Será mejor que hoy durmamos tal y como estamos. Fíjate en el techo.

Sobre ellos, el tejado de hojas de palma dejaba resquicios por los que se entreveían las estrellas. De poco había servido la caza de mosquitos de Marcos. En cuanto se acostaran, les acribillarían.

Cuando Sara estuvo dentro de la cama, Marcos le ofreció un par de calcetines que ella se puso a modo de manoplas. Luego, un gorro de lana que hundió hasta taparse los ojos y, por último, un pañuelo de tela con el que cubrir la barbilla y la boca. Así pertrechada, Sara dejaba al aire, al hambre de los zancudos, la breve franja de la nariz. Marcos rió mientras apagaba la linterna.

—Tendría que hacerte una foto para que te viera tu madre.

Pero Sara no se rió. Él, antes de cubrirse tal y como había hecho ella, se acercó y le dio un breve beso en la mejilla.

Bajo el jergón, los pollitos piaban. El campesino había dejado en aquel cuarto de aperos una gallina junto a sus polluelos. «Por las alimañas», les confesó, algo avergonzado al no poder ofrecerles nada mejor. Pero en la mísera vivienda no cabían. Allí dormían el matrimonio con los cuatro niños, y también un pequeño chancho. Marcos le había palmeado la espalda, amigablemente, mientras aseguraba:

—No se preocupe, don Emiliano, dormiremos como reyes.

Pero Sara no dormía. Marcos lo notaba en su respiración sin acompasar y en los breves suspiros que de vez en cuando exhalaba. Él buscó con su mano cubierta por el calcetín la de la muchacha y la oprimió.

—¿Habrá muerto?

—¿Quién? —preguntó él, aunque sabía perfectamente a quién se refería.

—El niño.

—Seguro que no.

—No puedes saberlo.

No, claro que no podía saberlo. Marcos apretó los dientes. Tampoco él había sido capaz de quitarse al chiquillo de la mente.

Habían salido de Taulabé muy de mañana, cuando don Emiliano llegó a recogerlos. «¿A pie?», preguntaron al párroco, que era quien había organizado las visitas. El cura se encogió de hombros. «Para Terrero Blanco no hay carretera.» «Pero es un pueblo lindo», añadió, queriendo confortarlos. Don Emiliano era un hombre

silencioso, y por más que Marcos trató de entablar conversación con él, sus silencios y la dureza del camino que atravesaba la selva, monte arriba, se impusieron. Cada poco debían detenerse a beber, y siempre don Emiliano rechazaba sus cantimploras, sonriendo nervioso. El campesino portaba la mochila de Sara pero, de todos modos, casi siempre había que esperar por ella. Por fin, cuando ya parecía que no podían subir más, entre la maraña verde descubrieron, no muy lejos, el habitual claro entre casas que los muchacho de los pueblos utilizaban de campo de fútbol. «¿Terrero Blanco?», preguntó Sara, esperanzada. Don Emiliano no tuvo tiempo para responder. De la espesura surgió corriendo un hombre. Regueros de sudor bañaban su rostro y, entre los brazos, cargaba con un bulto envuelto en una frazada. El hombre vestía una camisa blanca desabotonada y sucia, y calzaba unas botas viejas sin cordones. Al verlos allí parados se detuvo y levantó la cabeza a modo de saludo. «*¿Quí hubo*?», se interesó don Emiliano. «Voy a Taulabé… quiera Dios que encuentre al médico…el tierno se enfermó.» Respondió con la voz entrecortada por el esfuerzo. Luego, destapó al niño y se lo mostró a Sara y a Marcos. No podía tener más de un año.

—De todos modos, no podíamos ayudarlo.

Sara se revolvió. De fuera se oyó piafar a la yegua de don Emiliano. Lejos, ladraban unos perros.

—Él creyó que sí.

—Porque somos blancos. Nos confunden con gringos, y piensan que venimos con la mochila llena de medicinas y de dólares. Pero qué podía darle de nuestro botiquín…—de un manotazo espantó un zancudo que se había posado en su mejilla— no somos médicos.

—No, no lo somos. Sólo payasos.

—Payasos, eso es —replicó él, dolido. ¿Acaso la había obligado a acompañarle? En Oviedo, cuando visitaban los centros de menores o el Materno Infantil, ella participaba como una más de las actividades de la ONG. *Payasos sin Fronteras, cada risa, un paso más hacia la felicidad* era el lema de la campaña. Habían ahorrado todo el año para sufragarse el viaje hasta Honduras, y este iba a ser el quinto pueblo que visitaban, tratando de dibujar una sonrisa en el rostro de cada niño.

—Podíamos haberle dado dinero para el médico. Quizá no tuviese suficiente para comprar las medicinas… o haberle acompañado. Seguro que el cura hubiese podido ayudarle…

La voz se le quebró. El cuerpo de ella, pegado al suyo en el estrecho jergón, se agitaba, tratando de contener las lágrimas. Pero Marcos se sentía furioso.

—Sara, cada minuto, cientos de niños mueren. Es el Tercer Mundo, ¿no te habías percatado?

Ella no contestó. Seguía sollozando en silencio. Marcos resopló. Elevó un poco el gorro y comprobó que por las rendijas del techo entraba luz suficiente de las estrellas para alumbrar el cuarto. Pensó en el tabaco. Había dejado de fumar tratando de no ser un mal ejemplo para los chiquillos, y ahora habría matado por un pitillo. Dudó si levantarse, pero desistió. No había dónde ir. Todo alrededor era selva. El cuerpo de Sara se había ido serenando. Ya no la sentía llorar. Marcos respiró profundamente, tratando de infundirse calma. «Al fin y al cabo», pensó, queriendo disculparla, «el día ha sido agotador». Con la nueva luz de la mañana todo lo verían distinto. De nada servía enfadarse. Giró un poco el cuerpo hacia el de la muchacha.

—¿Duermes? —murmuró.

—No.

—Estamos haciendo una gran labor, Sara —dijo, conciliador—. Por un rato, conseguimos que los niños rían. Los hacemos felices.

—Ya.

—Les enseñamos a jugar.

—Ya.

—¡Mierda!, ¿preferirías estar de vacaciones en Benidorm, como cualquier gilipollas alienado? ¿Tumbarte en una hamaca con una copa en la mano haciendo como si por el mundo nada ocurriese, como si todo fuese perfecto, maravilloso?

—Sí.

La respuesta brotó inmediata, casi un reflejo, mientras los polluelos, que debían de estar ya dormidos al calor de su madre, piaron, asustados. Sara tomó aire y repitió, más calmada.

—Sí, Marcos. Sí, lo preferiría.

Marcos cerró fuerte los párpados y negó con la cabeza.

—¿Y eso, de qué le habría servido al niño? Habría muerto igualmente.

—¡Pero yo no lo habría visto! —gritó ella.

Luego, de nuevo, sólo el piar alborotado de los polluelos bajo la cama. Afuera, lejos, de cuando en cuando ladraba un perro.

Pilar Sánchez Vicente
Y bailaré sobre su tumba

Pilar Sánchez Vicente (Gijón, 1961). Licenciada en Geografía en Historia por la Universidad de Oviedo, fue presidenta de AABADOM (Asociación Asturiana de Bibliotecarios, Archiveros, Documentalistas y Museólogos) y de la Asociación Profesional de Especialistas en Información. Actualmente es Jefa del Servicio de Publicaciones, Archivos Administrativos y Documentación del Gobierno del Principado de Asturias, Es autora de la *Breve Historia de Asturias* (Ayalga, 1986) En 1988 y durante 1997 a 1999, trabajó como guionista-presentadora para Televisión Española en Asturias sobre temas asturianos *Comadres* (2001) fue su primera incursión en la novela. Detrás vinieron *Gontrodo la hija de la Luna* (2005), *La Diosa contra Roma* (2008) *y Operación Drácula* (2010).

Odio la música, ese chunda-chunda desquiciante me pone los nervios de punta, pero él nunca quiso entenderlo. Al contrario, empeñado en llevarme a todos los conciertos. Y a discotecas, a pubs… a antros donde es imposible cruzar una palabra si no es a gritos. Y a mí me gusta hablar. Se lo razoné cientos de veces, hasta la saciedad, pero incluso cuando estábamos en casa, se empeñaba en poner un disco. Se los fui rayando todos, poco a poco, no fuera a sospechar. *No entiendo como puede ser, con lo que los cuido.* Más que a mí, pensaba yo, pero le decía: *Es de tanto ponerlos, los vinilos de mercadillo son de baja calidad.* Se empeñó en que era el tocadiscos, pero cuando fue a cambiarlo ya no los fabricaban. Apareció con una torre musical de esas carísimas. *Es a plazos, podemos permitírnoslo.* Claro, con mi dinero, aquí la única que curra soy yo, en ese maldito supermercado, de nueve a nueve. Y al llegar a casa, los cacharros sin fregar, la música al alto la lleva y él en el sofá, sin despeinarse el tupé ni para follar. Cada vez menos, por cierto.

Lo peor es el verano. Él moreno como un gitano, de estar todo el día en la playa y yo blanca como la leche; cuando pasaba a recogerme a la salida me daba hasta vergüenza. Y venga: hoy toca este grupo aquí, mañana estos allá… Podría dejarlo ir solo, pero bien lo conozco: se junta con los amigos y a ligar como si fuera un soltero más. Y no. Hasta ahí podíamos llegar. Es mi hombre, solamente mío, ante el altar me juró eterna fidelidad. No soportaba verlo en las pistas, las llenaba con su sola presencia, llamaba la atención, con su pantalón pitillo marcando el paquete y esa chupa de cuero que me costó un dineral. *No piensas más que en el dinero.* ¡No te jode! Alguno lo tenía que ganar y, por supuesto, no era él. Él a gastarlo a manos llenas y yo con un bolso de hace dos temporadas.

Así que anoche me decidí. Llegamos a las tantas, como siempre, como si no tuviera que madrugar al día

siguiente. ¡A él que más le da! Primero a Plaza Mayor y después a Poniente. No me pregunte quién tocaba, para mí son todos iguales, me ponen la cabeza loca y punto. Y él dando voces y saltos como un chiflado. Podía gustarle el fútbol, como a otros, ser forofo del Sporting o del Barcelona, por ejemplo. Un partido a la semana y santas pascuas. Maldita la falta que me hizo a mí nunca la música y menos la de esos peludos degenerados que cantan en inglés. ¡En inglés! Para que no se les entienda nada, ni falta que hace, cuando me traducía las letras eran de parvulario, sin más. Aunque Dios me librara de decírselo. Y eso que anoche…

En realidad le miento, sí sé cómo se llamaba el grupo de Poniente. Algo que tiene que ver con el seguro del coche… ¿Todo riesgo? ¿No? ¡Sí, sí! Eso era, Siniestro Total. Ya están un poco viejos, ¿no cree? Bueno, en eso como nosotros, por todos pasa el tiempo. ¡Tendría que habernos visto cuando éramos jóvenes! Hacíamos buena pareja, pese a las diferencias, porque a mí esto de no soportar la música me viene de antes. Ya desde cría, si lo pienso. Por eso nunca le puse interés, me sacan de Julio Iglesias y no conozco más. Se agudizó en el supermercado, claro, veinte años llevo trabajando allí, y no me quejo, tal como están las cosas. Lo peor son las doce horas diarias con el hilo musical puesto, cuando no son los villancicos es la canción del verano. ¡Menuda tortura! Una clienta me dijo que era musicofobia. A él, al principio, le hacía gracia incluso. ¡Hasta llegó a regalarme unos tapones de cera de esos de farmacia! Ahora pienso si no sería por reírse de mí…

¿Le conté que se compró una guitarra eléctrica? Para Reyes, como lo oye, y yo tuve que conformarme con un frasco de colonia. Y, no contento, consiguió un amplificador de segunda mano. Por culpa de ese trasto dejó de ir a buscarme, con eso lo digo todo. O sea, que yo llegaba a casa a las diez y, encima, aguantar a las vecinas:

que si va a tirar la casa abajo, que aquí no hay quien duerma la siesta, que porque no se va a ensayar a un local del Ayuntamiento… Y él: *Son unas brujas, mujer, y unas protestonas. No lo pongo tan alto, lo que pasa que de algo se tienen que quejar*… El muy zorro no tocaba cuando estaba yo en casa, faltaría más, así que no puedo asegurárselo, pero decían que el volumen era brutal. Y yo las creo. A veces pensaba si estaría sordo.

Vale, vuelvo a lo de anoche, no me disperso. Yo iba con mi vestidito nuevo, los hago yo misma, con estas manos, para abaratar, y me quedan divinos, se lo advierto. Me hubiera ganado bien la vida de modista. La noche estaba preciosa, ideal para pasear a la luz de la luna por la playa o por el puerto, y eso que en verano la ciudad se llena de turistas y apesta a meados. Se lo propuse, pero tuvimos que hacer lo que él quiso, por variar. ¡Harta estoy de conciertos! ¿No se pueden gastar el presupuesto municipal en otra cosa? Todos los años igual… Y menos mal que era gratis, porque fuimos a cantidad de ellos pagando entrada, encima. Los de ayer cantaban en español y, cosa rara, les entendí la letra, igual era porque mi marido gritaba los estribillos como un poseso… ¿Siniestro Total, dice que se llaman? Pues ellos me iluminaron, vi la luz, no le puedo decir más. Trepanar no sé muy bien lo que significa, pero como no tengo un órgano Hammond me dio igual. Un disco de los Rolling sí lo tenía en casa, todos, cómo no. ¡Menuda colección! En eso invertía nuestros, mis ahorros; ni piso tenemos en propiedad. Afilarlo no me costó, fue lo de menos. Y como estaba con los cascos puestos, no me vio llegar. Ahora estoy esperando que lo entierren. No se cuántos años me caerán ni me importa, se lo juro, señor juez. Por lo menos en la cárcel estaré en silencio. Y cuando salga, no tendré que aguantarlo más. ¿Sabe qué le digo? Bailaré sobre su tumba, yo, que nunca fui de bailar.

Gerardo Lombardero
La vuelta abajo de Herminio Revuelta

Gerardo Lombardero (Oviedo, 1951), estudió Geografía e Historia. Ha desarrollado labores de periodista como crítico de Hípica en Antena3 radio y radio Asturias, y como columnista en *La voz de Asturias*, *El correo de Asturias* y *La Nueva España*. Tiene publicados los libros de poemas *La palabra es vuestra y mía*, *Una mano sola* y *Namai una manu* (Academia de la Llingua). Además, también ha publicado las novelas *Aquellos años serenos*, *El patio de los sueños*, *El Marquesito*, *Juan Díaz Porlier*, *Bobes, el estribo del diablo*, *La vida secreta de León Kramer*, *Días de Italia* y *La víbora durmiente*.

Cuando llegó de Cuba, lo primero que le extrañó fue el frío. La vegetación no tanto, ya que en la isla ésta era exuberante, como para no tener que envidiar a ningún otro lugar. Otra cosa eran el despego y la frialdad de las mujeres.

—Allí *mi viejo* la mulata consigue fuego al andar —solía decir con su acento caribeño.

Como su fortuna era pequeña, solamente podía volver al pueblo de sus abuelos y establecerse allí. No conocía las costumbres lugareñas, nada más que por ambiguas narraciones de su padre. Pero pensaba que con buena voluntad y un poco de suerte, cualquier lugar podía ser bueno.

De lo que en realidad sabía era del tabaco. Su cultivo, su recolección, su elaboración y por supuesto su consumo. Así que cuando llegó al lugar que sería su residencia en el futuro, no pudo por menos que sentir desánimo. Era un hermoso valle, de eso no había ninguna duda. Un caudaloso río lo partía a la mitad y en ambas riberas, huertas cultivadas con esmero llegaban hasta donde la vista alcanzaba.

La casa que había heredado, era una antigua construcción asturiana. Un corredor acristalado o galería ocupaba la parte frontal de la edificación. Se hallaba al borde del camino, y algunas plantas silvestres y enredaderas que colgaban de los aleros presagiaban un descuido extremo en los últimos años.

Así que Herminio Revuelta, comenzó a trabajar con ahínco. Limpió el interior de la casa y puso los pocos enseres en orden. Sus vecinos que lo observaban con un interés que rayaba en la indiscreción, veían a un hombre ocupado. Una sombra que jamás se detenía. Un incesante ir y venir del trabajo, y siempre el aroma fugaz de un puro entre sus dientes.

En poco tiempo, tuvo desbrozado el prado que rodeaba su residencia. Luego desaparecieron las enredaderas

que enmarañaban el tejado y parte de la fachada. Comenzó a cultivar una pequeña huerta, que con celeridad sobrepasó sus necesidades, y pronto en alguna propiedad cercana se advirtió la obra de la azada, que lenta, pero inexorablemente, preparaba la tierra para una siembra ambiciosa.

Herminio era un hombre locuaz. Pero no se excedía con sus vecinos, ya que la mordacidad e ironía de éstos en ocasiones, le hacían ponerse furioso y esto le hacía sentirse mal durante bastante tiempo. Pasaron algunos días y las lluvias hicieron germinar con más fuerza si cabe los productos de la huerta. Pronto quedó demostrado que las frutas y hortalizas que él cultivaba, eran de muy superior calidad a las del resto. Cierto era que les dedicaba mucho de su tiempo disponible, pero la diferencia era tan notoria, que pronto fue el comentario unánime en todo el pueblo.

En una ocasión en la que entró en la taberna, a comprar un cigarro puro y a tomar un café, dos labradores discutían sobre las expectativas del maíz y su recolección, que era inminente. Herminio no dijo nada. Simplemente saludó en voz alta al llegar y permaneció impasible. Mientras saboreaba el café, aspiraba largas y profundas bocanadas de humo del cigarro. En un momento en el que cesó la conversación, uno de ellos se dirigió zumbón a él:

—¿Herminio, que va a plantar usted en la huerta nueva?

Éste permaneció unos segundos en silencio, como si contemplase por primera vez el humo del tabaco subir en lentas volutas hacia el techo y ésa fuese su única preocupación. Luego con un susurro premeditado respondió:

—Tabaco.

Todos los presentes quedaron estupefactos y en silencio. Luego con asombro se miraron el uno al otro y

luego alternativamente, ambos miraron al tabernero que permanecía absorto, con un gesto de extrañeza en sus rostros. Por último y casi de una manera sincronizada, comenzaron a reírse. Cuando hubo pasado el primer momento de hilaridad, Herminio Revuelta se había ido.

Pasaron algunos meses y ya desde el camino que bordeaba la finca, se veían con claridad, unas pequeñas plantas de un verde intenso, que crecían con hojas sanas y apretadas. Eran indudablemente las plantas del tabaco. Herminio continuaba su incesante ir y venir, ocupado en diversas labores y los frutos de su trabajo eran palpables, no sólo en la tierra que mimaba, también en su propia casa. Humilde pero arreglada, tenía adosado un nutrido gallinero, donde las aves revoloteaban incesantes. Pronto pudo vender parte de sus productos, y a la par que su prosperidad era creciente, decreció su trato con los vecinos del pueblo.

Una mañana, un pequeño grupo que se encaminaba a sus labores diarias, encontró a uno de los perros de la aldea muerto en el camino. No tenía excesiva importancia para ellos, ya que siempre habían muerto perros o gatos de las más diversas maneras. Pero aquél en concreto, tenía seccionado el cuello de un tremendo tajazo y prácticamente se había desangrado.

—¿Este perro es del pueblo? —preguntó una de las mujerucas del grupo.

Tras diversas consideraciones, llegaron a la conclusión de que en realidad era el perro del tabernero. Alguien apuntó con timidez que no había lobos desde bastantes años atrás y que lógicamente, se debería a una pelea con un animal mayor que él. Quizá un mastín. Pero mientras reanudaban su marcha, nadie pudo constatar la existencia de un mastín en el vecindario. Ni siquiera entre los pueblos vecinos poco dados al pastoreo.

Las semanas se sucedían en aquella primavera y pronto otros hallazgos inexplicables vinieron a sumarse al anterior. Un par de gallinas, que también se encontraron totalmente desangradas. Y a veces un gato, otras un conejo. En una ocasión, encontraron un cordero. Y estos descubrimientos siempre estaban próximos a las fincas de Herminio Revuelta.

Mientras, el tabaco prosperaba de un modo inexorable. Las plantas llenaban con su verdor las tierras roturadas y un vergel se extendía por todas las parcelas como un mar de promesas vegetales, que los lugareños, en el fondo de su alma envidiaban con todas sus fuerzas. Revuelta, cada semana, depositaba con regularidad una carta en el buzón público del pueblo. En una ocasión hasta llegó a tomar el autobús de línea regular que tenía como destino la capital.

—¿Qué se traerá entre manos? —se preguntaban los vecinos.

—Algo sobre el tabaco —respondió el cartero—, todos los sobres van dirigidos a compañías tabacaleras.

Entre tanto un ambiente pesado y negro se cernía sobre el pueblo atareado en sus obligaciones. Eran escasos los animales que merodeaban alrededor de los caseríos. Cada vez era más menguado el número de gatos que nacían de las camadas. Sólo algunas gallinas picoteaban con libertad en los prados próximos. Y si lo hacían, invariablemente al anochecer faltaba alguna. Luego aparecían sus restos desangrados en alguno de los caminos cercanos.

Una mañana cerca ya del mediodía, un automóvil se detuvo ante la casa de Herminio Revuelta. Descendieron dos hombres y le estrecharon la mano. Luego Herminio los acompañó por el camino hasta sus plantaciones de tabaco. Éstos miraron con atención, tomaron algunas muestras y asintieron visiblemente complacidos en varias ocasiones.

Todo ello, no hizo más que exacerbar la curiosidad del pueblo y por supuesto provocar los más diversos comentarios.

Cuanto más se acercaba la fecha de maduración de las plantas, más se multiplicaban las ocasiones en las que ocurrían sucesos extraños con los animales. Varias vacas fueron halladas tras su estancia en uno de los prados de pasto, con heridas en el cuello. Pequeños cortes hechos por algún animal depredador, con el ánimo de extraerles parte de su sangre. Pronto algunas reses languidecieron y parecían cansadas, hasta el extremo de verse en dificultades para abandonar los establos.

En el pueblo cundió la alarma y algunos vecinos dedicaban parte de su valioso tiempo a vigilar al ganado, que entonces, con la presencia de sus dueños recuperaba pronto la salud perdida. La situación no era muy buena para nadie. Aquella vigilancia extrema impedía a sus propietarios realizar otras labores en el campo, y los que guardaban su ganado en las cuadras, sin sacarlo al exterior, comprendían que aquellas circunstancias no podían durar mucho.

Cuando llegó la época de la recolección, Herminio Revuelta con método incansable, procedió a recoger las hojas más maduras, que correspondían a las plantas más tempranas. La cosecha estaba vendida de antemano y pronto tendría que entregar el pedido. En el pueblo se comentaba que la calidad del tabaco era muy superior a ninguna conocida. Así que la expectación crecía en torno suyo. Herminio madrugaba con la primera luz del alba y se afanaba como jamás lo había hecho en sus campos.

Durante unos días amainaron los sucesos inexplicables que venían masacrando a los animales. Solamente uno de los vecinos, empecinado en conservar las vacas en el exterior, mantenía a su ganado en el prado día y noche. Este hombre, conocido en el pueblo por su testarudez, vigilaba su rebaño con celo continuo, y en

muchas ocasiones portaba visiblemente la escopeta sobre el hombro, en cuyas recámaras asomaban amenazadores dos cartuchos alimañeros.

Una de aquellas noches la oscuridad era absoluta y un cielo cubierto de nubarrones impedía que la luna fuera visible. Tras la cena, el hombre decidió acercarse hasta el prado en su ronda nocturna y ya rutinaria. Mientras caminaba sendero abajo, oyó lejos el mugido reiterado de uno de los terneros. Así que cerró el arma y retiró silenciosamente el seguro. Apartándose ligeramente del camino, avanzó con cautela y casi adivinó una forma que parecía sujetar al becerro que se debatía inquieto.

Alzó el arma y buscó el punto de mira. Al coincidir con aquella forma, sólo pudo ver la silueta de algo inidentificable, que se afanaba en desangrar a la res con algún objeto punzante. No dudó un momento, el disparo tronó en la noche y la silueta alcanzada por los proyectiles de grueso calibre, cayó fulminada hacia atrás. Cuando las gentes del pueblo acudieron con linternas al lugar, se encontraron a Herminio Revuelta agonizando entre estertores. Cerca de él, un cuchillo ensangrentado y un cubo con la sangre del ternero, acusaban delatoramente al culpable de aquellos sucesos extraños. Durante unos momentos nadie pudo articular una sola palabra. El improvisado cazador, explicó entre balbuceos los hechos y luego interrogó a Revuelta:

—¿Por qué lo hacía Herminio?— preguntó el autor del disparo.

—Lo necesitaba para abonar mis plantas —respondió agonizante—. La sangre era en Vuelta Abajo el mejor fertilizante. Solamente que allí era más fácil conseguirla.

— ¿Y cómo la conseguía?

— Para eso estaban las *güajiras*.

Y con la noche estival que comenzaba, Herminio Revuelta exhaló su último suspiro.

José Luis Espina
La última de todas las batallas

José Luis Espina (Lada, Langreo, 1958), vive en Tarragona. Licenciado en Psicología Clínica, se diplomó en Dirección de Marketing y está vinculado al mundo de la empresa. Actualmente tiene su propia empresa, dedicada al desarrollo de proyectos literarios (bracket cultura). De su colaboración con una radio local quedaron las historias policiacas para niños en *El detective morrón y su ayudante Calidoscopio*.Ha publicado *No gana uno para sustos* (Edit. Duen de Bux) 2008, Premio de la Crítica de Asturias. Tiene en preparación los relatos *Una japonesa sola en un bar cubano de Madrid, Cosas que pasan en primavera* y *Los lápices estaban romos* así como la novela *Siempre me quedarán los perros*.

La noche del 26 de julio de 1972 un ejército de siux comandado por el jefe Caballo Loco viaja hasta Normandía para ponerse a las órdenes de los aliados europeos y colaborar en la liberación de una Francia ocupada por las fuerzas alemanas.

En el extremo opuesto del campo de batalla, Custer otea el horizonte desde la torreta del fuerte Laramie mientras un regimiento de soldados azules espera órdenes en el patio de armas, bendecido por la bandera Santillana que se sostiene rígida en el extremo del mástil.

Jasse James y su banda de forajidos se parapetan tras unas madejas amontonadas en una cesta de mimbre después de asaltar el tren de cuerda que recorre la zona de guerra y se interna bajo el túnel formado por el taburete donde reposa el fuerte Laramie.

La lucha será dura. Los aliados, tras un reguero de cadáveres esparcido por la tierra empapada de unas jardineras con azaleas desvaídas, consiguen internarse en la toquilla de lana que la abuela Reme ha llevado hasta el día de su muerte. Despejado el territorio de muertos y supervivientes extenuados, Custer lanza el séptimo de caballería contra los indios rezagados comandados por Caballo Loco. Aprovechando la falta de efectivos en el fuerte, Jesse James y su banda alcanzan la santabárbara y se hacen con la dinamita que después utilizan para reventar las cajas de caudales de varios bancos de Missouri emplazados en una lata de colacao rebosante de hilos de colores, un afilatero de madera y dos huevos de remendar calcetines.

Cansado de los excesos de la banda y camuflado en el bosque de un ficus benjamina ensartado en una maceta de barro, Robin Hood acierta con la ballesta y atraviesa el corazón del desalmado Jasse James dejando el condado de Serwood libre de invasores extranjeros.

El año 1972 fue un año bisiesto y aquella noche del 26 de julio fue también una noche de grandes batallas libradas en los escasos metros de la galería acristalada que conectaba con la cocina y la habitación de los padres. Ese día, una luna llena invisible se columpiaba tras la máscara infranqueable de una masa de nubes que encapotaba el cielo. Ajeno a un mundo que se extinguía Álvaro Santillana desconocía que aquella sería su última noche épica y que aquellos escenarios inventados de ambientes postizos y argumentos apócrifos, no encontrarían acomodo más allá de aquel pasillo que inspiraba territorios de fantasía.

La mañana siguiente fue el preludio interminable de un viaje a ninguna parte. Con las primeras claridades arrancó un capitoné llevándose amontonada una historia de frustraciones y envueltos en la toquilla de la abuela Reme, los nombres de todas las guerras y las almas de plástico de sus héroes.

El silencio llenó el auto ahogando las esperanzas de todos. Un sol turbio se volcaba sobre la chapa blanca listo para atravesar el país por unas carreteras de soledades ocres y planicies eternas. El último adiós fue un aleteo blanco de cigüeñas descolgado de un campanario mudo y algunos saludos esquivos, evitando que el postrero recuerdo de los seres queridos fuese para siempre un gesto de desconsuelo. El interior del auto era un vacío desolador y del rostro del padre rescató un espasmo inapelable dibujado en el retrovisor, el gesto torcido tras un pulso perdido contra el desánimo.

El Servicio Sindical de Estadística informa que la penicilina ha sido el producto farmacéutico más fabricado en España en el mes de marzo. Las abundantes capturas hacen descender el precio del bonito en las lonjas. «El Lute» sigue sin aparecer y la séptima partida del mundial

de ajedrez entre Spassky y Fischer termina en tablas. Se prevé un día nublado con chubascos dispersos en el Norte, cordilleras Ibérica y Central y en algunos puntos de Castilla la Nueva. Las temperaturas presentan un ligero descenso.

Durante muchos minutos los noticiarios ponen dosis de vida impropia en un reducto de mentes desconectadas. En la pernera del pantalón Álvaro Santillana siente reanudarse la lucha enconada entre el último soldado azul y el jefe Sioux que montado en su caballo gris agita un majestuoso penacho de plumas.

En las tinieblas de la gruta horadada en su bolsillo le parece descubrir la sombra de El Lute acorralado por ejércitos de perros blancos y negros comandados por Spassky y Fischer. Deja que la incruenta lucha entre el soldado y el piel roja continúe hasta su extenuación. Después los sostiene estrechados en la palma de la mano, acurrucados en el regazo mientras el sueño le vence y la cabeza se le llena de los conflictos internacionales proclamados por el locutor.

La carretera es una recta interminable perfilada por choperas que verdean lanzando sombras contra los campos pajizos. El día se estremece donde la vista se pierde y el horizonte plagado de nubes se arrellana al final del camino.

La noche del veintiséis de julio del 2009 una resplandeciente luna nueva brilla en un cielo limpio y cuajado de estrellas. La agencia estatal de meteorología prevé temperaturas en ligero o moderado ascenso salvo en Galicia y Andalucía donde permanecerán estables.

Se auguran cielos despejados aunque cabe la posibilidad de que al atardecer se produzca algún chubasco aislado en las zonas altas del sureste y en el Cantábrico occidental. Hemos alcanzado los cuatro millones ciento

treinta y siete mil parados y la situación no presenta visos de mejora. En España hay treinta y ocho especies de vertebrados en peligro de extinción y el gobierno vasco limpia las calles de fotos de etarras.

El día amanece al ritmo pautado del ir y venir de las enfermeras arrastrando los carros de curas. Al final del corredor los ventanales se asoman a un pinar encarado al sol de la mañana que crea urdimbres de luz entre las copas. Un sendero de tierra y pinaza avanza desde el fondo y termina flanqueado por la valla metálica que separa el bosque del recinto hospitalario. En un calvero sembrado de arbustos y cascajos se pudre un pino derribado por el impacto de un rayo.

Tras una fronda del llano asoman encrestadas las orejas de un par de conejos y de vez en cuando se ven ardillas pelirrojas que trepan hasta las copas y saltan de rama en rama hasta perderse en la espesura del bosque. Sopla una brisa que desde el pasillo sugiere frescor y calma cuando zarandea las hierbas y hace cabecear las cañas de las gramíneas.

Álvaro Santillana mira desde las ventanas la quietud envidiable del bosque, pendiente de los cabeceos de las plantas y atento a las orejas inquietas de los conejos camuflados tras el soto. En la palma de su mano yacen tumbados el soldado azul y Caballo Loco sumidos en un letargo invernal de decenios. Coloca primero al soldado sobre el marco de aluminio iluminado por el sol y luego al indio y su montura que con los brazos abiertos y el pecho desnudo cabalga retador hacia el yanqui descabalgado que espera la embestida con el rifle en ristre. El paraje de pinos y tierra calcinada los envuelve y su lucha solitaria hará más épica la victoria.

Unos pasos más atrás se oye una voz desconsolada y urgente que reclama la presencia de Álvaro. El cuarto

está gélido y zumba en alguna parte un motor camuflado entre paredes. Hay un silencio obligado, una marea de pensamientos dispersos que parecen perdidos en el aire.

Los incendios han devastado una superficie que casi dobla a la del año 2008. Un hombre mata a su expareja delante de su hija de seis años y el municipio de Lepe contabiliza ya diez asentamientos ilegales de inmigrantes. Un aparato de televisión encaramado a una peana lanza oleadas de bálsamo por donde los pensamientos se deslizan sin ni siquiera rozarse. Al contraluz de la ventana el rostro del padre dibuja una mueca rescatada en el tiempo, otra vez un mohín de rendición, esta vez inapelable. El último pulso perdido, ahora contra la vida.

Al final del corredor, contra los ventanales que dan al bosque de pinos, el más bravo de los jefes indios y el más heroico de los soldados azules libran una lucha sin cuartel desde las alturas del perfil de metal que brilla bajo la luz de la mañana. A sus pies, en un cascajar tapizado de pinaza y setos, una familia de conejos espera el desenlace olfateando el aire cada vez más denso de la mañana.

Jorge Ordaz
Mon amour, mon cannibale

Jorge Ordaz (Barcelona, 1946). Desde 1972 reside en Oviedo, donde es profesor del Departamento de Geología de la Universidad de Oviedo. Ha publicado dos libros de relatos, *Celebración de la impostura* (1980) y *Gabinete de ciencias asturales* (1981), éste último en colaboración con Juan Luis Martínez Álvarez; y las novelas: *Prima donna* (1986), finalista del premio Herralde; *Las confesiones de un bibliófago* (1989); *La Perla del Oriente* (1993), finalista del premio Nadal; *Perdido edén* (1998) y *El cazador de dinosaurios* (2005). Ha traducido a poetas ingleses y norteamericanos del siglo xx, una de cuyas muestras puede leerse en. *Casas abiertas (10 poetas estadounidenses del siglo xx)* (2010) y colaborado en diversos libros colectivos y revistas culturales. Mantiene el blog literario Obiter Dicta (http://jorgeordaz.blogspot.com). Es miembro fundador de la Asociación de Escritores de Asturias.

En cuanto le vi supe que con él sería diferente. A juzgar por lo que vino después, no me equivocaba. Pero mejor empezar por el principio.

Le conocí en una discoteca a la que solía ir de vez en cuando. Yo había ido con unos amigos, pero pronto los perdí de vista, cada uno a lo suyo. La sala de baile estaba repleta de gente; la música, como de costumbre, ensordecedora. Hacía mucho calor y el ambiente, cargado, se me hacía irrespirable. Salí afuera a fumar un cigarrillo.

Era una noche de verano cálida, agradable. Soplaba una ligera brisa y el ruido de la música llegaba amortiguado. Se estaba bien. No sé qué tienen las noches de verano, pero la verdad es que predisponen. Un amigo mío solía decir que las noches de verano tienen mucho peligro. Estoy de acuerdo.

Fue entonces cuando le vi acercarse, saludar al portero como si le conociera de toda la vida y entrar en la disco. No le había visto antes.

Acabé el pitillo y regresé al interior.

Estuve unos minutos dando vueltas, ojeando al personal, pero sin suerte. Y, de repente, allí estaba él bailando como un poseso. Parecía como ausente, a solas con sus movimientos sensuales al ritmo del chunda-chunda. Yo no podía despegar la vista de él. Me tenía como hipnotizado, el tío. Me atraía su forma animal de bailar, su cuerpo flexible y sudoroso.

En un momento determinado me miró. O al menos me pareció que me miraba. Yo me hice el disimulado y él continuó bailando. Cuando se cansó de bailar salió de la pista y pasó por mi lado. Me hizo un guiño.

Con esto tuve bastante.

En los próximos días salimos juntos varias veces. Por la mañana nos veíamos en la playa. Por la tarde salíamos de paseo y nos sentábamos a tomar un helado

en alguna terraza. Más tarde, después de cenar, íbamos a algún disco-bar. Solíamos terminar la noche en mi apartamento.

En cierta ocasión fuimos a cenar a una parrilla argentina recién inaugurada. Nada más sentarnos a la mesa me fijé en su cara. Nunca le había visto con una expresión tan exultante. «Ummm», dijo, «esto huele de maravilla». Luego vino el camarero e hicimos la comanda. Cuando el camarero nos preguntó cómo queríamos los bifes, yo le dije: al punto. Él dijo: sangrante. Y me sonrió.

Se terminaron las vacaciones, se acabó el verano y en otoño nos pusimos a vivir juntos.

Al principio me costó hacerme a la idea de que éramos pareja. Lo cierto es que nunca antes me había liado con nadie en este plan. Solo había tenido ligues pasajeros que me duraban unos pocos días como máximo. Pero con él era diferente.

Lo cierto es que no podía quejarme. Él se mostraba muy atento y cariñoso. Tenía buenos detalles conmigo. Un día llegó del trabajo con una caja de bombones. «¿Y esto a qué viene?», le pregunté. «A nada en especial, te lo mereces», me contestó. «Ya sabes que me encantan los bombones, pero si los como me engordan», le dije. «No importa, cariño», replicó.

Desde el inicio de nuestra convivencia fijamos el reparto de tareas de la casa. A mí me tocó cocinar. Yo ya sabía qué era lo que más le gustaba, así que le preparaba unos buenos filetes con patatas fritas y él se los comía con un gusto que daba gloria verlo. Yo, como estaba a dieta, me tenía que contentar con ensaladas y verduras.

Tuvimos alguna que otra pelea por culpa del cine. A él le gustaban mucho las películas *gore*. Cuanta más sangre y más vísceras hubiese, más parecía disfrutar. A mí me ponían de los nervios. Una vez se bajó de Internet *El*

cocinero, el ladrón, su mujer y su amante. Le pregunté qué le había parecido. Me contestó que mucha estética y poca chicha. De modo que mientras él se quedaba solo frente al televisor, con su cerveza y sus palomitas, viendo estas películas, yo me iba a mi habitación, me ponía el mp3 con música clásica y leía alguna novela histórica.

Todo esto debía de haberme puesto en alerta, pero yo estaba demasiado enamorado como para ver las cosas claras. Un amigo —no el de antes, sino otro— me dijo que no le gustaba mi pareja y que no me convenía. No le hice caso. Siempre había sido muy envidioso.

Desgraciadamente, no tardé en sentirlo en mis propias carnes. En la cama era muy fogoso, pero un día se pasó. Mientras estábamos haciendo el amor me pegó un mordisco en la tetilla izquierda que me arrancó de cuajo un trozo de carne. Lo masticó y me dijo que estaba delicioso. Me quedé de piedra. Sentí mucho dolor y me salía tanta sangre que tuvimos que ir a urgencias a que me curasen la herida. Me pusieron media docena de puntos. Luego, en casa, me pidió disculpas y me dijo que me adoraba y que, por favor, no le dejase.

Cometí otro error. Continué a su lado.

Poco después pasó lo que tenía que pasar.

Era domingo por la mañana. La noche anterior habíamos salido con unos amigos a tomar unas copas. Yo estaba en la cama, durmiendo tranquilamente, cuando de repente se me acerca y me pone un cuchillo en la garganta. Un cuchillo de carnicero. No tuve tiempo de reaccionar.

Al menos tengo que agradecerle que lo hiciera de forma rápida y que el tajo fuera lo suficientemente limpio y profundo como para no enterarme de que lo que me estaba haciendo. Pero lo cierto es que lo hizo. Me mató. Me dejó bien muerto.

De lo que pasó después no tengo información de primera mano. En el juicio dijeron de él cosas que nunca llegué a sospechar. Dijeron, por ejemplo, que después de asesinarme me había cortado en trozos y guardado en bolsas de papel albal en el congelador. Al parecer de vez en cuando me freía en la sartén y gozaba de mí.

A pesar de todo no le guardo rencor. La culpa fue mía, por no darme cuenta a tiempo. Porque si llego a saber que cuando me decía «qué guapo eres, *mon amour*, te comería entero» no era un cumplido sino un deseo verdadero, me lo hubiese pensado dos veces. Pero era tan amable y cariñoso.

Pedro Antonio Curto
Budapest

Pedro Antonio Curto nació en la localidad guipuzcoana de Zumaia, pero desde muy pronto ha vivido en la ciudad asturiana de Gijón. Se inicio en la poesía para pasar más tarde al campo de la narrativa donde sigue teniendo un sentido de lo «poético». Su primera publicación fue el libro de relatos *Crónicas del asfalto* y más tarde la novela corta *Un grito en la agonía*. Ha desarrollado diferentes actividades en el campo social, político y cultural. Colabora y escribe en diversas publicaciones, especialmente en la revista literaria *Kalepesia*. Ha sido director y guionista del cortometraje *Maletango*, exhibido en el Festival Internacional de Cine de Gijón. Ha publicado *Los viajes de Eros* y ha participado en la antología *13 para 21*. Su última publicación ha sido *Los amantes del hotel Tirana*, publicada en Ediciones Irreverentes y ganadora del IV Premio Ciudad Ducal de Loeches.

Siempre me han atraído esas zonas geográficas que se asemejan a un puzzle por estar compuestas de pequeños países, un trozo del mapa con varios colores que representan diferentes idiomas, culturas y religiones. Por eso y otras razones los Balcanes y Centroeuropa han despertado mi interés. Fue así como un verano de hace ya unos cuantos años despegué en un avión con destino a Budapest, primer puerto de un trayecto que me llevaría después, esta vez en tren, a Croacia y Eslovenia.

Realicé ese viaje como dicen debe hacerlo un autentico viajero, sin planes excesivos, sin reserva de hoteles y con poco dinero. Sólo me acompañaban esas guías que te dan consejos prácticos, más algunas frases usuales en el idioma del país, que generalmente no sabes pronunciar.

Andar por países con cuyos ciudadanos apenas te puedes entender, con los escasos datos de tus guías, más las limitaciones económicas, te dan una inseguridad que sin embargo a mí me atraía.

En aquella época Croacia estaba en guerra y aunque la capital, Zagreb, no se situase en zona bélica, si pude ver militares, controles, manifestaciones nacionalistas y un curioso cartelito en bares y comercios, una señal de prohibido con una pistola en el centro.

En ese viaje sin un rumbo preciso por los tres países fui deambulando durante veintiún días, atravesé fronteras y mi pasaporte fue visto por unos guardias muy celosos de su trabajo.

Un día estaba en una céntrica plaza de Zagreb que según la guía se trataba de un lugar donde los jóvenes se encontraban para ligar o salir de marcha. Di vueltas a uno y otro lado entre el bullicio juvenil; si salvamos el idioma, podía haber sido una plaza española con un ambiente similar. Pensé que son pocas las cosas que nos separan o que en el fondo somos animales de parecidas costumbres,

que nuestras «culturas» a veces son excusas para separarnos unos de otros. Sumido en esos pensamientos, me fui a un café situado en aquella plaza.

Era un café grande y con solera, poseedor de esa antigüedad elegante que no es excluyente, sino que te recibe como si fueses un parroquiano habitual. Tenía un sabor burgués, pero de esa burguesía revolucionaria que un día hablase de cosas como libertad, fraternidad e igualdad.

Existen momentos y sitios en que el tiempo se detiene, se vuelve amable envuelto en una nostalgia de la que puedes formar parte, aunque acabes de llegar y no sepas del idioma más que una frase para pedir café. Así lo hice y me sirvió un camarero uniformado de forma clásica. Al igual que lo hacían otros, cogí uno de los periódicos, porque en un lugar como aquel leer la prensa sobre una mesa de mármol, era casi una obligación. Me sumí en esa costumbre del lugar aunque no entendiese lo que estaba escrito y tenía que contentarme con mirar las fotos o descifrar algún titular.

Una música de violín llegó a mí con su viento cálido, llevándome a un dulce sopor y cuando contemplé al violinista unas mesas más allá, descubrí una pareja entregada a caricias y besos. Creo recordar que ella tenía cabellos rubios y largos o es posible que eso lo fabrique la fantasía sustituyendo a la debilidad de la memoria, pero lo cierto es que aquella pareja existió, sentados en una mesa de mármol, bañados por la música del violín. Es curioso que se me halla borrado la imagen del violinista, quizás la intensidad me la dieran los rostros besándose, labios que se unían y separaban, se miraban con los rostros iluminados un instante para luego volver a estrecharse. La mano de él acudía a sus mejillas, se confundía entre sus cabellos y ella cerraba los ojos, acercando su rostro a esa mano acariciadora. Aunque afuera existía

un día soleado, el café se adentraba en un fondo sin excesivas ventanas, produciendo una luz crepuscular y bajo aquellos crepúsculos, yo gozaba placidamente.

No me considero especialmente *voyeur* y aunque me guste disfrutar del placer de la contemplación, no es mi costumbre espiar el disfrute ajeno. Pero aquello era otra cosa, me dejaba invadir por la entrega mutua de aquellos chicos, ese reconocimiento que se aprende a través de la piel, ese detener el tiempo cuando uno se aproxima al calor de otro cuerpo. Yo percibía todo aquello a unos metros, de unos extraños a los que adoptaba mitigando mi soledad, siendo incluso parte de ellos, o más bien, de la sensualidad que mostraban.

Después que la pareja se marchase, volví a la plaza llena de gente, paseé entre ellos sintiendo cada pisada que daba, con una enigmática sensación de plenitud.

A pesar de las cortas estancias de mis viajes, siempre me invade una sensación de abandono, de dejar algo cuando tengo que partir y volver a la normalidad. Con ese ánimo apesadumbrado regresé a Budapest.

Tenía que tomar un avión al día siguiente y mi dinero se agotaba, por lo que decidí no cambiar más dólares y resistir con los florines que me quedaban. Ello suponía no poder coger una habitación y pasar la noche en las calles de Budapest. No me disgustó el plan, era una manera de aprovechar mis últimas horas de viaje, en lugar de pasarlas durmiendo. Dejé el equipaje en la consigna y me dispuse a disfrutar de una noche húngara bajo las estrellas.

Budapest es una de esas ciudades paridas por un río, porque es a orillas del Danubio donde van naciendo calles y edificios, las grandes edificaciones en el centro de la capital. Me alejé de ese centro paseando a la vera del río, cené algo en un bar y dediqué las siguiente horas a

tomar copas en bares escogidos al azar, el último un frío establecimiento abierto las veinticuatro horas, fruto del nuevo capitalismo al que se entregaban estos países. Ya era de madrugada y paseaba nuevamente por la zona monumental, siempre a orillas de ese río, que parecía ser infinito. Las calles estaban desiertas, sólo de vez en cuando me cruzaba con algún paseante, que me ignoraba como si fuese invisible. Pero a mí me gustaba aquella invisibilidad, ser infinitamente pequeño en esa grandiosidad monumental y deslumbrante iluminada por las luces de la noche. La bebida me producía esa ebriedad que no aturde tus sentidos, sino que los relaja y hace más libres. Sin dinero, sin un lugar al que dirigirme, donde dormir, veía el pasado como algo somero y el futuro inexistente; de esa forma me sentía bien. Así caminaba, dando pasos a ninguna parte, sólo seguir el cauce del río, un destino al que me entregaba liberado de toda carga. Nada me importaba el avión en que partiría dentro de unas horas, estar en un país extranjero cuyo idioma me era completamente extraño, ser incapaz de leer sus letreros o cuyas calles desconocía, más bien al contrario, aquello me producía una sensación de libertad. Parecía haber nacido en aquel momento y disfrutar de lo que me rodeaba igual que un bebe. Me pregunté si aquello tenía algo que ver con la felicidad, o era el otro viaje de aquel viaje. Un viaje secreto e íntimo que realizamos de vez en cuando, sin equipaje, sin preparativos, sin saber cuando se parte, ni el trayecto, ni el regreso... sólo conocemos una fibra que nos envuelve, pero que ni siquiera alcanzamos a tocar.

Por la mañana partí en avión y lancé desde el aire una mirada al Danubio; percibí que algo de mí se quedaba en aquel río.

Juan García Campal
Retoñar a primavera

Juan García Campal (Oviedo, 1954). Reside en León, donde trabaja como Jefe del Servicio de Gestión Económica y Patrimonio desde 1980, y como Director de Proyección Universitaria dependiente del Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Extensión Universitaria. También fue Defensor de la Comunidad Universitaria y Director de Actividades Culturales. Puso en marcha el Ateneo Cultural el Albéitar Dirigió *Cuadernos de la Babilonia,* revista literaria del Ateneo Cultural El Albéitar de la Universidad de León 1998-1999. He coordinado el Consejo Editorial de *Actualidad Universitaria*, revista mensual de información y opinión universitaria. Ha publicado *SOLEDADes y otros relatos cortos, caóticos y casuales* (Foz, 51. Madrid 1996) *Dos mujeres y un magnolio* (Ediciones del Curueño, León. 1998) *La verdadera historia de Castañito el Ilustrado*, ganador del VIII Premio Club Taurino Mazzantini de relato taurino (2001). Edición no venal. Su último libro es *Textos al aire*, Editorial AKRÓN (2010). Su firma puede leerse en la columna semanal con la que colabora en el diario *La Crónica de León.*

¡Pare..., deténgase! ¿La ve? ¡Mírela!

Esa ofuscación en negro que avanza tarda, cansina en la penumbra, esa sombra que levantada del suelo marcha sobre la polvorienta senda que parece refulgir a su obscura presencia, esa silueta que ya nuestros ojos se atreven a aceptar fiados al propio discernimiento, eso... Eso es un hombre. Un hombre otoñado.

Diríase que va hacia el ocaso. Mas no, no habríamos podido así mirarlo si el sol aún permitiese horizontes. Y la luna, ya ve, hoy es ausencia.

Mírelo. Podría decirse que acusa su espaldar la carga de historia que lleva en su mente. Y eso, aun no siendo la historia toda, general y humana, la que acarrea. Que es esa que aún más rotunda resulta cuando se presenta plena de vacío. La del propio hombre ante la lacerante certeza de su presente, ante el tajante saldo de sus sueños, rotos; de sus ilusiones, perdidas. Y, sin embargo, unos y otras tan presentes, tan dolientes. Tal que brasas pisadas fueran.

Fatiga y miedo siente. Sólo eso. Temor y cansancio es. Ni tan siquiera tristeza lo invade, ni tan siquiera rabia lo revuelve. Sólo es, ¡véalo!, ¡mírelo!, cansancio y miedo. Todo derrota es él. Vencido va.

Sigámoslo a distancia. Prudente, ni mucha ni poca, justa. Si mucha, quizá perdamos atención, le desertemos, regresemos a nuestras cosas; si poca, acaso quebremos su abandono, quizás lo traigamos a la comedia de tener que ser quien, ahora comienza a saberlo, no es. De ser para nosotros, de ser papel. Dejémosle solo hombre ser, continuar en él.

¿Qué he hecho de mí? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Por qué he muerto? ¿Ha sido muerte accidental, o he cometido suicidio, cobarde y lento? ¿A quién culpar, acto inútil; a quién responsabilizar de tan larga agonía? No otro que yo se instaló en la esperanza; no otro ofreció sus hoy

al ilusorio devenir de un mañana cumplido, redentor. No otro huyó de su pasado recién. Hoy será, quizás mañana. Siempre, ¡Mañana!, esa antropófaga idea, ilusoria e incierta. ¡Cuánto presente malgasté en el dolorido ayer, por el confiado, deseado por venir! ¿En qué ayer quedé?, ¿en cuál me perdí?, ¿dónde renuncié? ¿Cuándo decidí tan sólo sobrevivir? ¿Cómo resistí el presente? ¡Ah, negaciones! ¡Ah, huidas! ¡Ah, cobardías! ¡Oh, muerte! ¿Qué fue de mí? ¿Qué tengo? Si por tener, ni a mí me siento. Frío soy, frío tengo, oscuridad, invierno. Opacidad, frío y miedo. Frío y miedo. Miedo.

¿Qué hace? ¿Se abraza? ¿Frota su torso, sus brazos? ¿Levanta en esta tibia noche el cuello de su polo? ¿Rasca sus ojos? ¿Enjuga sus lágrimas? ¿A qué se arrodilla? ¿Por qué se dobla? ¿Por qué aún más se agacha? ¿Qué lo ovilla? ¿Son esos espasmos anegación en llanto? ¿A qué pozo, ese hombre, se ha asomado? ¿Es todo él pasado? ¿Qué presente lo atormenta?

¡Espere! ¡Déjele! Ha de vivirlo, pasarlo. Además, mire dónde se haya. Justo en la encrucijada. Si a la izquierda, la playa. Si de frente, el acantilado. ¡Espere! ¡Déjele! Es sólo un hombre. Vencido está. Sí. Mas de rendirse o no, soberano él es.

No puedes permitirte este estado. Eres pura pasión, te deleitas en ella. Como siempre. ¿Para cuándo la acción? ¿Qué para la reacción, qué para la asunción, qué para la determinación? Eres esclavo de tu debilidad, pura miseria.

¿A la playa? No. Sería nueva huida. De alguna manera propondría el aplazamiento, evitaría la decisión; cada ola sería una duda, de sí, de no. Demasiado camino que recorrer, demasiada resistencia a vencer. Y no eres fuerte. Estás cansado, vencido, derrotado. Además..., además, recuerda, tiene forma maternal: descenso hasta las dunas de Venus, vulva vegetal, vagina fluvial, cérvix rocoso, útero acogedor, olvido, esperanza intemporal,

irreal bienestar. Y la vuelta, empinada, aún más cuesta arriba en todos los sentidos. Recuerda el peso que representas, la muerta carga que arrastras, que eres. ¿Quieres más derrota aún, mayor vencimiento? ¿No te basta la pena?, ¿deseas la lástima?

Mejor el acantilado. Elévate, aunque sea lo último que hagas, acércate al cielo unos instantes. Cógete, hazte cargo de ti mismo por una vez. Enfrenta la verdad. Tú y solo. Nada más hay, nadie más. ¡Grita! Rómpete la garganta, desgárratela, ¡grita! Seguirás solo. Gestos y palabras te podrán brindar si es caso y tiempo. Mas no intentes hacerlos hirviente asidero. Aun quedarás más solo y más herido, si no abrasado, resentido. Nada más hay, más nadie. No hay, no tienes, más que decidir: tú todo, tú nada. Y hazlo con dignidad. Mira el mar en su extensión, míralo ancho, mírala larga, préstale toda tu atención, olvídate de todo unos instantes, óyelo, escúchala. Sabe de su estado por su ritmo, por su cántico. Por su batida tonada, por su rizada espuma, si bronca, gruesa; si en lecho, por su susurro y su calma; si sorda o de leva, por su profundo runrún, su respirar. No le pidas que te escuche ella a ti. Tú a ella has de escucharla, quizás cante de tu ser y de tu estar. Tantas veces te ha visto en tus huidas, en tus renunciadas batallas. Tantas veces ella a ti te ha escuchado. Derrotado y vencido, sí; mas, ahora, ve calmo, ve digno, ve resoluto.

¡Dios, tú! Que hacia el acantilado va. Deberíamos acercarnos, hacernos presentes, sacarlo de sí. No debemos quedarnos a la espera, meros espectadores. Si pasa algo no nos lo perdonaríamos, cómplices nos sentiríamos.

No te lo perdonarías tú, yo nada tendría que perdonarme. Es su vida. ¿No nos consultan para nacer y hemos de pedir permiso para morir? Es lo único que en realidad tenemos, la vida. Lo único que en exclusiva nos pertenece. ¿Hasta dónde llega entonces tu idea del libre albedrío, de la

determinación personal? Él ha de decidir si continuar así, si rendirse, si vivirse. Dejémosle ser él. Libre, soberano. Mantengámonos al margen, seamos como dioses.

¡Dios!

¡Calla! ¡Observa! He ahí un hombre en su propio laberinto, todo desierto, acaso sin saberlo busque su verdad. Calla... Observa su aflicción, su agitado respirar, su íntima batalla. Calla... observa. Hoy no va más, imposibles tablas. Hoy, o se pierde, o a sí mismo se gana, arrojando al mar su todo, su nada.

Mas te quisiera hoy furiosa, brava, que en esta nocturna bonanza. Tal que la vida te places de estío. Me traes memoria de mi último verano aún aquí, en casa. Cómo me plugo el último recordatorio de él, hombre ternura. Él aquí, acantilado, observándome en la playa. Esperándome. No hizo señal alguna, no dijo nada. Y supe que me llamaba. Ignoro el porqué de mi subida antes de la hora acostumbrada. Cómo sentí durante el acercamiento la caricia de su mirada, nuestro regresar parejo y silencioso, su calmo: Pronto partirás, nada he de decirte, ya tú sabes y más irás sabiendo. Viviendo, aprendiendo. Sólo recordarte que la vida, tu vida, es tu película. Tus sueños, el guión son. Tú eres director y principal actor. No renuncies a ella. Cambia los decorados si es necesario. Si preciso es, cambia de actores secundarios. Pero jamás renuncies al guión, dirige tu película, protagoniza tu vida.

Largo tiempo estuvo allí. Sin merma en la atención lo observamos. Temimos, la verdad, al verlo echar sus manos a la cabeza y después dejarse caer hacia atrás. Qué alivio constatar que se sentaba. Su paso al regreso era resuelto y sereno. Aun cuando pensábamos que no nos veía, al pasar cerca, se sacó cortés la gorra y dijo: Buena esta noche para retoñar a primavera.

Esa noche, no. Pero a la siguiente, volví solo. Y...

Mariano Arias
La niña y la noria

Mariano Arias nació en Oviedo. Escritor, y profesor de Filosofía. Ha participado en encuentros y congresos de Literatura y Filosofía. Colaborador habitual como crítico, reportero y ensayista en revistas y prensa (*Clarín, El Basilisco, La Nueva España, República de las Letras, El Catoblepas, El Mundo, Interviú,* etc.). Ha sido finalista del Premio Nadal de Novela, con el Silencio de las Palabras, Editorial Destino, Barcelona, 1991 y Premio Juan Rulfo de Relatos 1992 con la obra *Il Finimondo* (KRK, 1992). Además, ha publicado diversos ensayos y publicado diversos relatos. Entre estos últimos, *Maledicti*, *Lectura del laberinto*, *El Escribiente enamorado, Los 99 nombres de Dios* o *El bosque y la inmortalidad*.

Tuyo es cielo, niña que fuiste.

Este verano tuve la ocasión de verificar uno de los deseos más anhelados: revivir una historia verosímil, el impacto de una vivencia tan real y viva como memoria alguna pueda concebir jamás.

Había decidido viajar en el SNCF desde la Bretaña, de regreso a España. Al cabo de cinco horas recluido en un vagón me consideraba ya no un adorno más de la cabina sino prisionero de un tiempo y una velocidad extraña a mis días de descanso en la campiña francesa. Recuerdo que serían las diez de la noche y aún quedaba un largo viaje hasta la frontera. Fue entonces cuando se inició —así lo creo ahora, después de indagar en la memoria—, se inició, digo, esa vivencia real cuyas circunstancias me llevan a narrarla.

Sucedió en ese momento que el azar sitúa al arbitrio de las intenciones y de los actores participantes: un silbido largo, potente, sin armonía me hizo abrir los ojos y sacudir mi aturdimiento. Estaba leyendo Viaje desde el cielo, el libro que me acompañaba durante el viaje, pero sin embargo yacía abierto e inerte sobre las piernas mientras una dormida mano sostenía las gafas. En realidad el silbido me había despertado para hundirme en otro sueño más extraño aún.

De la penumbra puedo recordar ahora ráfagas de luces en la ventanilla, la luz de la cabina parpadeando, un ruido ensordecedor como si entrara en un túnel… Cuando los ojos dejaron de percibir el largo cruce de colores luminosos y el paisaje surgió en la ventanilla perdí esa noción de tiempo y de espacio que nos permite diferenciar el pasado del presente.

No recuerdo la estación en la que se detuvo el tren, quizás fuera Royan o Santes, desde luego no era Bordeaux. El traqueteo y las máquinas dejaron de respirar

y se impuso un silencio vago, amorfo, estable para mí, diría que deseado y buscado desde mi desorientado estado.

Al poco tiempo el altavoz de la estación anunció una parada de cinco minutos. Algunos viajeros bajaron del tren. Fumaban, paseaban, sonreían… Mi vista se detuvo más allá del bullicio del andén. Fue cuando descubrí la noria, una vieja y enorme noria plateada, luminosa con sus bombillas de colores, destacada entre el resto de luces del parque y las barcas amarradas en el pequeño puerto. Decidí bajar, no con ánimo de despejar mi modorra sino para observarla, quizás para recordar aquella que en la infancia había significado tanto en mis primeros juegos, en los primeros mareos, y desde luego también para disfrutar del mar de espejos en el horizonte.

Desde el andén la bahía surgía hermosa, bella en el atardecer ya hundida en la noche: el pequeño puerto refugiado entre los espolones, el mar luminoso de gris y azul, las nubes anunciando tormenta, la arena dulcemente sometida al oleaje, los olores a frituras, el humo de las churrerías, el salitre en los sentidos… y la tarde, el sabor a tarde de infancia antigua…

Pude ver entonces, cercana, a la niña.

Ahí estaba, su pequeño brazo señalaba la enorme rueda de la noria girando ante sus ojos hipnotizándola con sus movimientos y el chillido de engranajes. La niña agitaba su mano, de vez en cuando buscaba a su madre con la cabecita. Y mientras la noria giraba oscilante, como un enorme monstruo rotando su cabeza, el ritmo de la música de violines y orquesta se imponía al ajetreo y bullicio de olores, gritos y voces de la feria.

Al poco tiempo la niña miró en mi dirección, los ojos azules, la melena larga con una coleta, la boca abierta, el

perro de peluche en sus brazos. Embobada me señaló la noria mientras abrazaba su perrito.

Luego todo sucedió muy rápido. El cielo descargó con fuerza y constancia, sin temor y con violencia la tormenta. Llovió en la mar, en el parque y sobre el puerto, sobre la noria también mientras giraba y giraba. Y llovió sobre la niña absorta en su noria, cándida niña refugiada con premura por la madre bajo la carpa de la tienda de helados. Yo retrocedí para guarecerme en el andén.

La noria se detuvo. Quedó ahí, inerte, dormida. Un silbido largo, potente como anunciando el fin de su jornada estremeció el parque. Nos miramos: ella con su helado de frambuesa me saludó con su manita. Yo le envié un beso con la mano, en el silencio inquieto y lento del lluvioso atardecer.

Al volver la vista atrás el tren había iniciado su marcha. Corrí por el andén, corrí sin alcanzar la puerta, los ojos cegados por la lluvia, un silbido en los oídos, un silbido potente… el silbido de la noria… el silbido del tren… eso es… corrí y en un instante el tren fue engullido por el túnel… y yo con él…

Desperté, o me instalé en esa frontera a la vez cercana y lejana a la irrealidad, en donde reina el desconcierto y el frío, un intenso frío narcotizador de recuerdos, palabras e imágenes. Aunque la ensoñación —¿cómo denominar ese estado de inconsciencia y letargo?—… diría que sucedió fuera del control del tiempo. Pero la vieja noria estaba ahí, como la dulce niña o la tormenta sobre el puerto o el túnel absorbiendo sin piedad al tren… Imágenes que tardaron en difuminarse, en perder su imaginaria construcción… Luego entré en ese lugar donde los recuerdos no soportan la capacidad de existir…

Abrí el libro. En la última página en blanco anoté: «Quizás sea porque no siempre quiero ni puedo saber a

dónde voy por lo que encontré el andén, la mar, la sonrisa de la niña, la antigua y vieja noria de la infancia, de la mía, que no era la de la niña, aunque sí su dulce mirada ante la seductora máquina de engranajes y poleas girando. Por eso quizás hice míos sus deseos, míos en la imaginación, por supuesto, esa mágica aliada que en palabras y gestos nos entrega el poder del juego y la ensoñación».

Fui consciente entonces de que gracias al azar había recuperado esas imágenes; ahora que el cansancio se diluye con el suave traqueteo del tren, siento al fin el sosiego del alma.

Manuel D. Abad
9:30. Verano Psicosis Blues

Manuel D. Abad (Oviedo, 1968) es escritor, periodista, crítico de rock y crítico cinematográfico. Entre 1987 y 2008 escribió para *Ruta 66*. Desde 1998 a 2004 editó y dirigió la revista cultural gratuita *Interferencias*. En la actualidad colabora en el diario *La Nueva España* y en sus suplementos *Cultura* y *La Nueva Quintana*, en el semanario *Les Noticies* y en las revistas culturales *El Súmmum*, *Clarín* y *Literarias*. Asimismo, radio (RNE-Radio 4, Radio QK), televisión (Oviedo TV) y prensa escrita (*El Comercio*, *Ábaco*, *Mondosonoro*, *Astur Music*,...) contaron con sus servicios. Ha publicado el libro de relatos *Vasos sucios en la madrugada* (Septem, 2008).

Me había prometido a mí mismo no volver a ese local, pero allí estaba de nuevo. Otra vez tratando de alargar la noche. En el mismo agujero infecto donde casi nunca me había ocurrido algo agradable. Pensé en ello, en todas las «ellas» con las que había estado allí. En el Marquee el resultado final casi nunca era el esperado.

La sofocante noche del primer día del estío me había empujado al circuito de bares con una fuerza desbocada, suicida. Y, con el tránsito de las horas, de las copas, de rostros y conversaciones, de la vida que se exprime con el anhelo del famélico, aquí estábamos. En el Marquee, en el indeseado Marquee.

El local disponía de una barra ovalada que se cerraba en un extremo por un misterioso espacio que, dado que sólo se expedían copas, no podía destinarse a cocina. Allí se elaboraban otros platos que atraían a muchos de quienes acudían. No era mi caso, sólo guiado por una sed mortal de alcohol; por una desesperante necesidad de no enfrentarme a mis propios fantasmas solo; por el inconsciente deseo de hallar un bálsamo al dolor profundo de una existencia desordenada y vacía.

Supongo que la razón por la que había acabado allí eran las dos estupendas mujeres que acompañaban al fornido Max. Un amigo común nos había presentado tan sólo un par de horas antes y pronto habíamos hecho buenas migas. Y luego estaban ellas, dos de las monitoras del gimnasio del que Max era copropietario. Aquello era una buena razón para seguir en pie, para continuar ese vaivén hasta donde hiciese falta. Dos cuerpazos que prometían un domingo para levantar el ánimo de cualquiera. Pero, si en el Marquee no has llegado a nada, los minutos, las esperanzas comienzan a evaporarse con la urgencia de un condenado a muerte. Todo había comenzado a torcerse cuando nos dirigíamos al local. Bárbara

ya estaba entrelazada conmigo y Tania besaba en el cuello a Max cuando uno de esos monstruosos todoterrenos, el todopoderoso BMW X6, se detuvo frente a nosotros. Tres matones descendieron y entonces supe que todo comenzaba a joderse. Tras ellos, en una aparición a la que sólo le faltó un haz de luz que iluminase el contorno de su cuerpo, se mostró un tipo cuyo rostro no presagiaba nada bueno. Con tono amenazante le dijo a Max:

—No has aparecido por la Fábrica.

—Ya ves, había un buen plan —se excusó el copropietario del gimnasio.

—Está muy mal dejar colgados a los amigos. Además, tenemos que hablar de muchas cosas.

Aquello sonaba mal, a un callejón sin salida de difícil solución. ¿Préstamos? ¿Deudas pendientes de difícil justificación? Consciente de su tono, el dueño del BMW, se ofreció a invitarnos al Marquee. Y no sólo a copas.

Tras el trasiego en los servicios, las dos mujeres trataron de evaporarse. En vano. Dos de los guardaespaldas estaban con ellas, mientras el tercero jugaba al billar conmigo sin quitar ojo a su jefe que hablaba a Max sin inmutarse pero con una gravedad delatada por el rostro de su interlocutor.

Agoté mi copa con demasiada rapidez, la misma con la que vencí al matón que me custodiaba y que se ofreció a traerme una nueva consumición. Bárbara trató de acercarse a mí.

—¿Has ganado?

—Sí. Pero creo que hoy hay mucho más que perder —dije, aprovechando que el matón que le correspondía se había quedado apartando a la gente que se arrebujaba en torno a la mesa de billar.

Dos partidas después, el establecimiento comenzó a despejarse. El dueño del todoterreno ordenó —en su vocabulario no existía otro verbo— movernos hacia

otro *after*. Las 8:35. La luz de verano impactó con toda su crueldad sobre nuestros rostros. Bárbara me apretó una de mis manos cuando flanqueábamos los últimos peldaños de las escaleras que conducían a la calle. Una vez allí, la soltó, temerosa de ser vista por alguno de los ocupantes del X6. Permanecimos un par de eternos minutos mientras esperábamos un taxi. Max, dos guardaespaldas y el propietario del todoterreno emprendieron camino cuando nos vieron subir al vehículo. Me tocó el asiento del copiloto.

—Al Dolly —ordenó el guardaespaldas, que había posado sus manos sobre los lujuriosos muslos de las dos mujeres.

El tal Dolly era un *afterhours* situado en una tierra de nadie de un barrio dormitorio que, a esas horas, dormía su peculiar sueño de los justos. El sueño de los trabajadores que ya nada esperan salvo seguir con su rutina diaria sin mayores sobresaltos hasta que llegue la llamada de la última espada de Damocles.

Veía el final más cerca al bajarme del automóvil. A Tania se le rompió uno de sus tacones. Entramos en el Dolly, con su neón verde, un bareto de decoración supuestamente moderna, con sus lucecitas, sus sillas de diseño, sus pantallas, su barra en forma de ese. Subimos por unas escaleras que no dejaban entrever qué había en el piso superior. «Un reservado», traté de imaginarme, para no pensar en cómo podría terminar aquello.

Pues no. No parecía haber reservado, tan sólo cuatro mesas, dos vacías y otras dos en las que se habían distribuido todos mis extraños acompañantes nocturnos.

El hombre del todoterreno dominaba la situación mientras Max bajaba la cabeza. Los guardaespaldas vigilaban, las mujeres trataban de evitar un gesto de terror. Yo sólo tenía sed y deseaba algo que parase todos mis malos augurios. Otra copa más. Mi reloj marcaba las 8:58. ¡No

aguantaba más! Me levanté con la intención de bajar hasta la barra y tomarme una copa. Los ojos nerviosos del propietario del BMW se clavaron con furia en mí.

—¿Dónde crees que vas?

—¡A tomarme una puta copa! ¡Me muero de sed!

El mafioso dudó sólo unos segundos. Quizás lo hizo a propósito, para escrutar si me iban a temblar las piernas en ese lapso de tiempo. No lo hicieron. Mantuve a duras penas su mirada asesina consciente de que no podía aflojar en ese duelo. El tipo soltó una escalofriante carcajada antes de exclamar:

—¡Cómo no, hombre! ¡Baja a tomarte una copa!

Apoyé mi cuerpo sobre el pasamano mientras descendía por las escaleras. Temblaba como si el baile de San Vito se hubiera apoderado de mí. Sólo fueron unos segundos, pero llegar a la barra me pareció un trayecto eterno.

—Un Beefeater con tónica.

—¿Vaso largo o de sidra?

El rostro del camarero era de una inquietante serenidad. Un trago largo sirvió para ahuyentar malos pensamientos, para pensar en una solución que me sacase de ese atolladero.

No temblé al subir las escaleras. Ni tampoco al comprobar que nadie permanecía en el lugar donde los había dejado, sino en una estancia interior que, camuflada, había pasado desapercibida a mis ojos. Entreabierta, ofrecía la imagen de dos mujeres bailando en ropa interior, un hombre fornido sujetado por tres matones mientras otro –armado con un cuchillo— le amenaza con cortarle una oreja. Mi primer impulso fue huir a toda velocidad. Me frené. Apuré la copa hasta el final, descendí las escaleras, le dije al barman:

—Voy a tomar el aire.

No dijo nada.

Y corrí, corrí, corrí. Corrí con todas mis fuerzas.

Ernesto Colsa
Rijo y canícula

Ernesto Colsa (Oviedo, 1968) fue miembro fundador de la agrupación de terrorismo musical *Equipo de Acción Sonora,* existente entre 1994 y 1998. Las intervenciones del colectivo no sólo se ceñían al ámbito musical, sino que su método se exponía en escritos de fuerte contenido teórico, tales como *Manifiesto y Estatutos* o *Reformulación Teorética y Pautas de Interpretación,* publicados por *La Última Canana de Pancho Villa*. En la actualidad, su actividad literaria se centra en la conclusión de la monumental novela *Equipo de Acción Sonora o la Estela de Narciso,* proustiano proyecto cuyas trece entregas —por el momento— han venido siendo editadas por *La Última Canana de Pancho Villa* desde hace más de una década con irregular periodicidad. Obtuvo el primer premio del V Concurso de Relatos Breves Antonio Raymundo Ibáñez, Marqués de Sargadelos. Cuenta también con otras publicaciones subterráneas de discutible calidad y nula distribución.

No es fácil la vida del viajante. En el yermo castellano, es durante estos atardeceres del mes de agosto cuando la indolencia se adueña del alma y el aburrimiento se muestra más agresivo; cuando sólo se precisa una mirada en derredor para aprehender la sordidez del entorno: los pinchos de tortilla resecos, los programas televisivos para amas de casa, la luz de un sol ya en decadencia que atraviesa la cristalera, y los niños de la tendera pidiendo la merienda. Son momentos en los que uno ha de procurarse satisfacciones primarias para espantar la soledad y la congoja.

Yo, que me precio de haber disfrutado muy varias experiencias, nunca fui a putas, aunque de estudiante me dejé caer alguna vez por locales de alterne para fanfarronear con los amigos. No lejos de aquí hay un club que presta cobertura a la zona; un garito de carretera cuyos neones le confieren un característico aspecto de servicio público, como la cruz verde a la botica o el campanario a la iglesia.

Tomada mi decisión, me aplico varios *gin tonics* en el bar con el fin de superar los temores de principiante, y ya llevo un ligero cebollón cuando arribo al *Jaymont's*, que así se llama el club. Aparto la gruesa cortina que protege su interior de las miradas de niños y beatas, y quedo subyugado por la irrealidad de saldo que me circunda: luces tenues y música al peso, acolchados que simulan cuero y elegantes camareros. Este esplendor de baratillo crea un fascinante efecto de intemporalidad y sofisticación miserable donde todo, desde el ambientador a granel hasta el más nimio detalle *kitsch,* forma parte de una representación preconcebida a la que uno no puede sustraerse.

Me acodo en la barra sin mirar a los lados, esperando acontecimientos. No pasa un minuto sin que se acerque la *madame*:

—¿Qué quieres tomar, cara guapa?

—Un... un gin tonic, por favor.

—¿De larios o de bifíter?

—No sé, ponlo como te parezca. Es la primera vez que vengo y estoy un poco nervioso, ya sabes.

—Relájate, hombre, que vas más tieso que una vela —se parte los ijares de risa. Entonces, ¡maldición!, llama a una de sus chicas—: ¡Yois! ¡Yois!

Comparece una mulata que presumo espectacular, aunque ya se sabe que, de noche y trompa, los cardos son ambrosía:

—Hola, mi amol, ¿me invitas a una copa?

La pobre Yois, que no parece disponer de muchas luces, tiene ante sí un trabajo para el que no la veo capacitada, pues cada vez me encuentro más fuera de lugar. A mi rostro aflora el rictus lerdo de quien no sabe qué decir ni qué expresión poner.

Pero se obra el milagro. La muchacha logra que me relaje con su suave deje iberoamericano y una conversación previsiblemente pícara. Cuando obvia el guión de vodevil que se trae aprendido, el diálogo fluye con naturalidad. Tanta candidez sorprende para lo que se le supone vivido, y logra desbaratar con unas pocas frases insustanciales el mito que sobre las putas me he forjado tras tantos años de pornografía mal interpretada.

Pronto nos dirigimos al reservado, una zona en penumbra amueblada con sofás, donde habré de pagar otras dos consumiciones escandalosamente más caras que en la barra, que con toda seguridad ella tirará en algún florero cuando no me dé cuenta. Estoy ejerciendo *cum laude* mi papel de novato, y la *madame* debe de estar frotándose las manos; no así Yois, que sólo verá las migajas y a lo peor algún sopapo por demorarse tanto con el mismo cliente. Sugiero ir a la habitación y bebo

media copa de un trago; el estómago se me contrae en una feroz arcada, que contengo como puedo permaneciendo inmóvil. Superada la crisis, me incorporo, y nos encaminamos hacia el piso de arriba. Presto aparece un camarero para impartir unas exhaustivas instrucciones sobre las tarifas; a continuación le proporciona una llave a Yois y nos ofrece un par de copas —*Gin tonics, ¿verdad?*— que ella se apresura a aceptar antes de que pueda oponerme.

Consta nuestro cubículo de un camastro y una mesita; al lado opuesto, una cortinilla oculta el aseo. El resto del espacio permanece diáfano y forrado de espejos, con lo que se pretende que la estancia aparente menor ruindad. Yois se retira y me dice que aguarde. Dado que el tiempo apremia, me voy despojando de la ropa para encontrarme listo cuando regrese, aunque la excitación se encuentra bajo mínimos, y me temo que ello no sea imputable exclusivamente al alcohol. Aquí me hallo, desnudo como un proscrito y reflejado en los espejos, y pienso que no soy yo quien me devuelve la mirada, el labio belfo, el pelo escaso y una expresión de curda y de pobre hombre que da asco verla, acentuada por la pálida luz del neón azulado, que no sé a santo de qué se empeñan en colocar por todas partes. Recuerdo entonces que estoy aquí para divertirme, y ya que el desembolso no va a ser cosa de broma me concentro en lo que he venido a hacer.

Descorro la cortinilla para orinar y observo con asombro que la instalación se compone de un lavabo y un bidé, mas carece de inodoro. «¿A quién se le ocurre diseñar un aseo sin retrete?», pienso indignado, pero al instante caigo en la cuenta de que resultaría, cuando menos, antihigiénico sentir cómo una taza de váter regurgita sonidos y esencias de cañería mientras al lado tiene lu-

gar un acto de amor, por muy sinalagmático que éste sea. Meo, pues, en el lavabo, dejando correr el agua. Yois entra precisamente ahora, con lo que me fuerza a disimular tan cochino comportamiento mediante un lavado de manos más ostentoso de lo necesario y unas excusas que nadie requiere.

La chica trae un envoltorio, supongo que un condón, y algo más aparatoso que resulta ser una sábana... ¡de papel! Diligente, cubre el colchón con ella; luego me conmina a acomodarme en el bidé, lo que hago dándomelas de curtido en semejantes suertes y aparentando una naturalidad que está lejos, muy lejos, de ser sincera. Supongo que así debe de funcionar la prostitución en estos tiempos civilizados y neutros. Tanta profilaxis resulta un tanto cargante, pues el preservativo, la cortinilla clínica, la muda desechable y, luego, las abluciones, semejan los prolegómenos de una operación, así que no es de extrañar que no esté reaccionando como debiera. En esto llega el camarero con los jodidos *gin tonics;* Yois se levanta a recogerlos y el tipo se despide con guasa, pues no se olvide que yo continúo en el bidé.

Harto de tanta ceremonia absurda, comienzo a quitarle con los dientes la ropa a Yois, demorándome en aquellos lugares en los que, de no mediar confianza, uno se expone a todo tipo de incertidumbres. Intento convocar una excitación que no acaba de personarse, pues, entre otras cosas, me tiene obsesionado sobrepasar el tiempo estipulado. Por mi mente pasa un *collage* desenfrenado de imágenes lascivas, desde la fantasía más extrema de inmundas películas porno hasta famosas que se me ofrecen en tropel.

Ni por esas.

Yois prosigue por su cuenta, dedicándose con una brega encomiable al trabajo para el que la pagan:

—Oye, déjalo; no hace falta que sigas.

Me excuso diciéndole que mi mujer se ha largado de casa, harta de infidelidades, y que estoy pasando por un mal momento; que últimamente abuso de la coca y bebo demasiado; añado una declaración de intenciones y no sé cuántas más majaderías.

En estas pláticas nos encontramos cuando un par de golpes en la puerta nos indican que la sesión ha terminado, como si fuera el coche cama llegando a Venta de Baños. Me visto cansinamente en silencio. Yois, cumplida su parte, se pone los trapos sin prestarme la más mínima atención, lo que no contribuye a mejorar mi ánimo. Sale sin despedirse, dejándome desasistido como a una gusarapa. La magia de nuestra charla anterior se desvanece como un buen sueño.

El camarero aguarda afuera con la máquina de tarjetas, presta a engullir mis ahorros. Cuando me entrega el resguardo, observo que mis presagios se han quedado cortos, pues la cantidad excede con creces el salario medio de un país en vías de desarrollo:

—Esto es una broma, ¿no?

El tipo pasa a desglosar los gastos, que hacen siete consumiciones, las del cuchitril a un precio exorbitante; les suma la tarifa de estancia, una prórroga y un concepto que resulta ser... ¡el alquiler de la habitación!, más los impuestos indirectos y otros gravámenes, arbitrios y exacciones cuya significación se me escapa, de lo que resulta este monto demencial. Le exijo que me dé cuenta de la prórroga que ha aplicado por las buenas, y expone que, entre la hora de acceso y la de salida ha mediado más del tiempo de la tarifa básica, de manera que se ha visto obligado a duplicarla, pues no cabe una minoración proporcional por impedirlo las normas de la casa. De la casa de putas, contesto, y me

dice que haga el favor de tener más respeto, pero yo ando ya muy caliente y replico que he salido poco después de que hubieran llamado, pero arguye que me he demorado en exceso, y eso que consideró prudente avisarnos con suficiente antelación; añade que, ya que disponía de prórroga, habría podido disfrutar de la chica hasta el siguiente tramo y que le sorprende que no haya ejercido tal derecho. Si antes creí estar en el ambulatorio, esto parece ahora la delegación de Hacienda, vista la jerga pretendidamente técnica de este imbécil. Le digo entonces que ni prórroga, ni tramos horarios ni hostias, y que anule el cargo de inmediato, a lo que replica que es imposible y que si no estoy conforme lo discuta con el encargado, un tipo robusto y patibulario que comparece ante el cariz que están tomando los acontecimientos, quien me saca a empellones por el local, profiriendo unas amenazas dignas de su traza para que el resto de los clientes se dé cuenta de quién ejerce aquí la máxima autoridad. Acabo con los huesos en la acera, humillado, esquilmado y presa de un abatimiento que no puedo sobrellevar, pues sé que ni la estafa ni el desdoro son las causas reales de mi desdicha.

Raúl Castañón
El peso del humo

Raúl Castañón (Oviedo, 1969). Cuenta con distintas obras, siempre dentro del género narrativo o la prosa poética, con abundancia de relatos y las novelas *Responderás ante Hidra y Sueños en conserva*, *Verdad y consecuencia*, o la recién concluida *Naves que ardieron*, así como colecciones de relatos temáticos como *Tras del mensaje* o *Amor y naufragio*. Ha sido galardonado en casi una veintena de concursos y certámenes de cuentos y relatos como el I Concurso de Relatos Torrevieja y el Mar o del XLV Premio de Prosa del Ateneo Cultural y Mercantil de Onda (Castellón). Ha publicado sus relatos en varios libros colectivos y colabora habitualmente en revistas y periódicos.

—¿Y cómo acaba la historia? –preguntó ella.
—Dímelo tú –dijo él.

Me hacen daño los zapatos, pero sigo. Sigo avanzando hacia donde sea: lo importante es no pararse. Avanzo con el aliento del insomnio, contra la sensatez de la cama y el parecer de la almohada. Malditos zapatos. Ocultan algo similar a dos púas simétricas taladrándome los empeines. Para una vez que me decido a apurar la noche caminando, voy y elijo los zapatos equivocados. Pero es que hoy hace una noche irresistible, una de esas noches en las que uno podría salirse de la ciudad, incluso del mapa, caminando. Caminando sin parar.

Del otro lado de la ventana brillaba una luna plena y agigantada que parecía llamarme afuera. Me levanté de la cama y me asomé al balcón para sostenerle la mirada. Tan serena y tan cálida la vi, que me sedujo al instante en la noche estival lustrada de guiños ambarinos. Sentí la temperatura-bendición del aire inamovible, el silencio relajante, el tintineo plateado y celestial de las estrellas. Más noches así y todo iría mejor, sin duda. ¿Cómo resistirse entonces a tanta mejoría, a tanto encanto, a tamaña promesa de paz? No había renuncia ni objeción posible para aquella llamada, ni siquiera la del sueño, tan esquivo conmigo de un tiempo a esta parte. Salí.

Me hacen daño los zapatos, no debí ponerme calzado sin ahormar. Un error, éste de principiante. Ni que fuera nuevo en el camino: camino más de espinas que nunca, calzando estos zapatos de hoy. Me duelen, pero ya no hay vuelta atrás. Empezaron a dolerme con astucia, lo bastante lejos de casa para que no volviese a cambiarlos por otros más hechos a mí. Por eso pre-

fiero seguir adelante, aunque duela como el vivir. Sigo, pues, caminando a través de esta nueva noche, tan plácida por lo demás. Levanto la vista y miro la yema de huevo lunar sosegando el verano de la ciudad. Definitivamente, una noche así no la dormiría ni pudiendo. No me iría a la cama ni por el descanso de descalzarme, pese al dolor que me mortifica cada paso. Es mejor andar mientras se pueda. Sé que un día Dios o cualquier otro echarán el telón y todo habrá acabado. ¿Y qué haré cuando no pueda caminar así? Pues moverme en taxi a todas partes. Podré permitírmelo, pues me sobrará el dinero entonces, al no poder comprar el tiempo que no se vende ni al más pudiente de los derrochadores sobre la Tierra.

Sigo deambulando hasta la estación de tren. El tren no es ningún derroche, ni de tiempo ni de dinero. Además, aún queda uno por salir antes de mañana. Mañana, mañana, mañana: el tiempo mantiene su ritmo. Y los trenes también. Mientras espero el mío, apuro el último café de la estación próxima al cierre, más previendo el cansancio de la caminata que el sueño que nunca me llega, ni siquiera para dormir.

Otro error: no era éste el tren para la costa, me he liado con las informaciones de la pantalla. Adiós para siempre a la playa distinta e irrepetible bajo esta luna de hoy. Me he equivocado de tren y por consiguiente de camino. Otra vez. Pero cuando llevas toda la vida equivocándote, qué puede importarte una equivocación más. Esa otra ciudad de espaldas al mar me servirá igual para perderme otro poco, un poco más; menos sería nada. Tendré tiempo a recorrer la ciudad de destino hasta primera hora de la mañana, cuando salga el primer tren de vuelta para mi ciudad, o para la ciudad que me tiene por suyo, tanto da.

Y la recorro, haciéndola así un poco mía, a pesar de la quemazón de los zapatos, percatándome pronto de que sus calles se parecen demasiado a las de mi propia ciudad. Sobre todo bajo el resplandor de esta misma luna, tan redonda, tan naranja, tan *yema*. Pero las coincidencias del trazado no bastan, no termino de ubicarme entre las similitudes; ni tampoco entre los recuerdos. Mi escasa andadura por aquí se remonta al año 90, creo que no he vuelto desde entonces. 1990 es también el año donde se situaba la acción de *Smoke*. Para mí el 90 fue *Smoke*, y sigue siéndolo aun en estos tiempos más libres de humo y de creatividad. Mis iconos cinematográficos de esa época son Harvey Keitel y William Hurt; es decir, *aquellos* Harvey Keitel y William Hurt, los de *Smoke*, no esos actores en otros papeles. También era verano en el estanco permeable de Auggie-Keitel. Qué gran personaje. Haciendo siempre la misma foto, conseguía no sacar jamás dos fotos iguales de su rincón favorito de la ciudad, un poco mía también desde *Smoke*. Mañanas, mañanas, mañanas: todas eran mañanas, sí, pero nunca del mismo día. Con la pausa adecuada podían apreciarse las diferencias de luz, de estación, de gente. Así nos lo hizo ver Auggie a los espectadores, rendidos al sello distintivo de cada imagen repetida, cambiante y *única*.

Todas iguales, pero distintas a la vez. Las noches de verano son un poco como las fotos de Auggie, me sugiere con luz nueva la Luna de esta corta noche de junio. Corta como la vida, por eso hay que apurarla, porque nunca sabes lo que va a pasar luego, y precisamente cuando crees que lo sabes es cuando no tienes ni zorra idea: a eso lo llamaba Auggie una paradoja. Yo opino igual. Sobre todo teniendo tan reciente la hoguera de San Juan, donde quise quemar mis humos más negros…, aun

asumiendo que el 90 ya no volverá nunca. Paul Benjamin-Hurt explicaba en el estanco de Auggie cómo pesar ingeniosamente el humo. Era un cliente-escritor que intuía leyes universales compensando cada acto humano, y a eso me agarro también yo para resistir el pesar del humo y avanzar contra el pasado, cruzando un puente sin Brooklyn ni Paul Auster para acabar en alguna parte sin acabar del todo. Guiado por la Luna en plenitud, continúo con la memoria epidérmica a flor de piel, activada por el paseo y el mate esplendor del cielo. Visualizo otros paseos y otras nocturnidades, adentrándome más en la transparencia de la noche, no tan impenetrable ni tan extraña como algunas anteriores que me niego a recordar. Cuando tu vida es lo bastante anodina, mejor recordar el cine: claramente.

Y cuando te están matando los zapatos, mejor pararse antes de que te rematen. La expresión *morir con las botas puestas* tiene otro significado menos literal, y comporta más honor que cabezonería. Acepto así los destellos de neón del bar más cercano. Hay un solo cliente y una camarera atendiendo. Le pido otro café antes de empezar con las copas. Parece agradable y su café mejora mucho al terminal de la estación. La cafeína me sostendrá hasta la vuelta y el alcohol anestesiará también mis empeines martirizados. ¿Bastará con eso para distinguir esta noche del resto o nada sería bastante para iluminarla de verdad? Una neblina de tabaco adensa el aire aquí adentro hasta casi solidificarlo. Los clientes de este bar fuman tanto como los del estanco de Auggie. Yo fumaba tanto como ellos por entonces, en el 90. Pero el humo me cegaba demasiado y no distinguía la impronta sucesiva de los días. Hay fuegos que no se apagan y humos que pesan mucho; mucho más de la cuenta. ¡Qué sangría de veranos per-

didos! A la camarera le pediría la inmortalidad o de nuevo el 90, pero apenas me llega la voz para pedirle otra copa. Con uno de los tragos me doy cuenta de que nos hemos quedado a solas y la miro. Paradójicamente la veo mejor a través del humo y de los vapores del licor. ¿Elena? No, no puedes ser tú.

Sólo tú podrías discutirles a Auggie y a Paul la iconografía del 90 en mi memoria. Me pregunto cómo pude olvidarte en el día a día. No es nada personal, cielo, tampoco recuerdo a las mujeres de *Smoke*. Tan sólo a una que gritaba mucho; aunque quizás fuese en otra parte, allá afuera, lejos del cine. Por la pantalla de mi vida pasaron ya demasiadas mujeres gritonas y para eso prefiero el silencio; como el nuestro… Si entonces nos hubiéramos apuntalado emocionalmente en vez de fumarnos sin sentido los veranos y los inviernos, seguro que todo hubiera sido distinto entre nosotros. Pero no queda rencor, ardió en la hoguera de San Juan. Cierras por dentro y me sacas a bailar; bailamos envueltos en humo sin que me duelan ya los pies; bailamos como si no nos hubiéramos perdido; como si nada hubiera pasado desde el 90. Yo te sigo el ritmo como puedo sobre nuestras brasas, que nos alumbran el baile de los pasos sin quemar. El tiempo mantiene su propio ritmo, hoy y mañana y pasado, y nosotros se lo seguiremos mientras podamos sentir la música.

Luego el reloj marca una hora temblorosa de frío. Cuando cesa la música siempre se siente frío. Con caballerosidad invertida, me cedes tu chaqueta ante el portal de tu casa. La mía sigue lejos todavía, pero no tengo prisa en volver. Siempre me gustaron los reencuentros por sorpresa. Al quedarme de nuevo solo, echo a andar viendo como las calles van recuperando su color con el alba.

Mi cuerpo duda cómo reaccionar al llegar. Por un lado siente bienestar y por otro se queja del sueño y de los kilómetros cubiertos arrastrando la inadaptación de los pies. Yo dudo también, no sé si fue o sólo si pudo ser. ¿Pero y esta chaqueta de mujer? Porque la chaqueta es incuestionable, tanto como el sol riguroso de la ventana o mi mañana desfallecida. Lo cierto es que la mentira adecuada ha sido siempre algo muy cinematográfico, además de muy recomendable: un verdadero talento que no pararé de soñar hasta hacerlo real, Elena. Algún día; sin humos ni quemaduras. Y con el enfoque más conveniente, para no repetir errores.

Luisgé Martín
Junta de vecinos

Luisgé Martín (Madrid, 1962). Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid y Máster en Gerencia de Empresas. Autor de los libros de relatos *Los oscuros* (1990) y *El alma del erizo* (2002), la colección de cartas *Amante del sexo busca pareja morbosa* (2002) y las novelas *La dulce ira* (1995), *La muerte de Tadzio* (2000), ganadora del Premio Ramón Gómez de la Serna, *Los amores confiados* (2005) y *Las manos cortadas* (2009, publicada, como la mayor parte de su obra, por Alfaguara). Ganador del Premio del Tren 2009 Antonio Machado de Cuento, que convoca la Fundación de los Ferrocarriles Españoles, con el cuento *Los años más felices*.

Desde hace casi un año, vivo en un ático en uno de los barrios residenciales de la ciudad. El alquiler me cuesta más de la mitad de mi sueldo, de modo que a veces no me queda dinero a final de mes para salir a restaurantes o a discotecas con mis amigos, pero desde hace mucho tiempo soñaba con vivir en un apartamento con terraza, y cuando vi la ocasión de mudarme a éste lo hice sin dudarlo.

En los primeros meses, a pesar del invierno, salía a la azotea cada tarde, al regresar del trabajo, para disfrutar del privilegio de poder estar al aire libre en medio de la ciudad. Regaba mis macetas y, bien abrigado, me sentaba a leer en un sillón de jardín que compré enseguida. Al principio de la primavera compré también una mesa y comencé a pasar en la terraza más tiempo que en la casa: comía o cenaba en ella, me quedaba dormido a la hora de la siesta, escuchaba música o hacía trabajos de jardinería. Hace unos días, cuando el calor asfixiante constató que había llegado el verano, me tumbé sobre una toalla y pasé todo el fin de semana bronceándome. Este año no podré irme de vacaciones, de modo que he acomodado la azotea como si fuera un campo veraniego: una ducha, una nevera portátil, cremas solares y una hamaca colgada de pared a pared en la que duermo casi todas las noches.

Mi edificio es más alto que los lindantes y enfrente hay un hospital abandonado que ocupa toda la manzana. Nadie puede verme, por lo tanto, cuando me desnudo para tomar el sol o cuando duermo en la hamaca con alguna chica. Al asomarme al pretil y contemplar la superficie de tejados, tengo una sensación jubilosa de soledad. Observo la ciudad sin que nadie pueda descubrirme. Muchas noches me quedo allí embobado, haciendo cavilaciones metafísicas o imaginando lo que ocurre en el interior de las casas que miro desde la lejanía.

La semana pasada, el lunes, hizo un calor opresivo. Durante el día el aire estaba avivado por llamas, y por la noche, cuando me tumbé en la hamaca intentando dormir, el mercurio del termómetro, más enrojecido que nunca, marcaba treinta grados. Como no podía conciliar el sueño, me levanté, me di una ducha de agua fría y me acodé como cada noche en el antepecho. Enseguida vi una de las ventanas del hospital iluminada. Me sorprendió, pues el edificio estaba abandonado desde hacía casi veinte años y en sus dependencias no había ningún tipo de actividad. Pensé que tal vez se tratara de un vigilante contratado por el dueño del solar para evitar que se cobijaran allí mendigos o delincuentes, y me puse a fantasear con el terror que se debería sentir encerrado a solas en un edificio como ese, con cientos de habitaciones y de corredores oscuros. Fui a por unos prismáticos que me regalaron en mi último cumpleaños y apunté con ellos hacia la ventana iluminada. No vi a un vigilante, sino a una pareja haciendo el amor. Enfoqué los prismáticos, limpié las lentes y me di cuenta entonces de que se trataba de un efecto óptico, de un juego de espejos: el cristal de la ventana del hospital reflejaba el hueco de una de las ventanas de mi propio edificio. Los amantes, por lo tanto, eran vecinos míos. Afilé la vista, pero no conseguí identificarlos. Por la altura del reflejo, que estaba en la planta tercera del hospital, deduje que la ventana iluminada correspondería a una de las viviendas del tercero o del cuarto piso de mi finca. Excitado y lleno de curiosidad, incliné el cuerpo hacia fuera, hacia el vacío, para intentar distinguir los rostros de los amantes. Estuve a punto de caerme, y entonces recordé que tengo una cámara fotográfica profesional, con un teleobjetivo muy potente. Dejé los prismáticos y fui a por ella. Cuando regresé a la azotea, los amantes seguían en la faena. Ajusté el objetivo y enfilé la visión. Al

hombre lo reconocí al primer vistazo. Era el presidente de la comunidad de vecinos, que tiene uno de esos bigotes antiguos, de pelo hirsuto y muy poblado, que marcan enseguida un rostro. Vivía en el tercero izquierda. A la mujer, que se pasaba la mayor parte del tiempo debajo de él, no la identifiqué, pero estuve seguro de que no era su esposa. Una, la que estaba en el dormitorio, tenía el cuerpo fragil y una melena rubia que se movía sobre la almohada. La otra, la esposa, era gruesa de caderas y llevaba siempre el pelo peinado en moños.

Me sentí, orgullosamente, como James Stewart en *La ventana indiscreta*, aunque yo no tenía ninguna minusvalía ni ninguna novia que se pareciera a Grace Kelly. Hice varias fotografías mientras el presidente y su amante terminaban el coito. Luego me masturbé allí mismo, sin dejar de mirar a la ventana iluminada. Cuando por fin terminaron, la rubia se vistió y él, fumando en calzoncillos, le dio dinero al despedirse. No pude distinguir la cantidad, ni siquiera vi con mucha precisión que se tratara de billetes, pero conjeturé que la mujer era una puta en horario laboral. El presidente, cansado, apagó enseguida la luz. Yo entré en la casa y descargué en el ordenador las fotografías que acababa de hacer. Había cuatrocientas diez, y en algunos momentos, viéndolas con continuidad, parecían una película. Como eran imágenes realizadas sobre un vidrio, que además tenía suciedad por la falta de mantenimiento del hospital, estaban suavemente desvaídas, como si el borde de las figuras se difuminara. Al presidente se le reconocía perfectamente: en varias fotografías se le veía de frente, con el rostro crispado por la lujuria mientras ella le hacía una felación. Imprimí una de ellas y me tumbé en la hamaca tratando de dormir. Con los ojos cerrados, inventé aventuras criminales. El hombre se habría quedado seguramente solo

durante una temporada veraniega y aprovecharía para echar una cana al aire. Si su mujer se enteraba de ello, sería quizás el fin de su matrimonio.

A la mañana siguiente, sin demasiada premeditación, metí la fotografía en un sobre, puse el nombre del presidente en él y bajé a la calle para echarla a un buzón. No escribí ninguna nota, pero estuve seguro de que el hombre entendería la amenaza sin explicaciones. Soy un hombre manso y no estaba en mi voluntad chantajearle. Pensé que le serviría de escarmiento y que a mí me ayudaría a distraer ese verano caluroso y aburrido. No suelo atreverme a experimentar emociones intensas, y esa travesura, hecha irreflexivamente, me llenó de orgullo. Aunque en contrapartida me quedaría sin espectáculos eróticos en lo que restaba de verano.

Esa noche esperé la aparición del presidente provisto ya en la terraza de los prismáticos y la cámara. Entró en la habitación pasada la medianoche, se desnudó y, ante mi decepción, se acostó sin más ceremonias. La noche siguiente ocurrió exactamente lo mismo. La tercera noche, en cambio, apareció en el dormitorio muy temprano, llevando en la mano ostentosamente mi fotografía. Se asomó a la ventana, con medio cuerpo fuera, y con la imagen situada ante los ojos comenzó a calcular el ángulo desde el que podría haber sido hecha. Yo contuve la respiración y durante unos instantes sentí pánico. Me aparté del antepecho asustado, pero enseguida me dí cuenta de que frente a mí el hospital no tenía ventanas, de modo que era imposible que él pudiera verme.

La primera intuición del presidente fue geométrica: calculó el punto desde el que debería haber sido hecha la fotografía en línea recta, sin reflejos ni trucajes. Ese punto no existía, o, para ser exactos, estaba situado en mitad de la nada, sobre la copa de unos árboles que ha-

bía en la calle perpendicular a la nuestra, a la izquierda del hospital. Como era imposible que alguien hubiera volado para tomar la imagen, el presidente se afanó en encontrar otra respuesta. Bajó a la calle y examinó desde allí su propia ventana tratando de comprender cómo era posible que esa fotografía tan comprometedora hubiera podido ser hecha. Luego volvió a subir y estuvo durante más de media hora haciendo dibujos y croquis espaciales. Yo estaba empapado en sudor, sin saber ya si el acaloramiento era fruto de la temperatura, tan abrasadora como en las últimas noches, o del miedo. Por fin, el presidente reparó en las ventanas del hospital que tenía frente a sí, al otro lado de la calle, y con una solemnidad que me hizo temblar, comenzó a rehacer sus cálculos. Luego supe que era ingeniero de profesión, pero en aquel momento me desconcertó su pericia. Tardó apenas unos minutos es descubrir las dos trayectorias, simétricas, que podría haber seguido el disparo de la cámara. Las dos venían desde arriba, pues la foto estaba picada: una, ligeramente a la izquierda de su ventana; la otra, especular, ligeramente a la derecha. Volvió a asomarse y, con el cuerpo vuelto, miró hacia lo alto. No pudo verme porque yo estaba replegado, observándole sólo a través del reflejo. Pero algo debió de deducir o de suponer, pues enseguida se apartó de la ventana y despareció en el interior de la casa.

Estuve esperando diez minutos, tratando de anticiparme a los pensamientos del presidente. Pero no lo logré, porque antes de que hubiera recobrado el sosiego, bebiéndome un whisky muy frío, sonó el timbre. Un escalofrío me atravesó desde la nuca hasta los pies. Me quedé paralizado durante unos segundos, pero el timbre seguía sonando, redoblado ahora con voces del presidente que me conminaban a abrir. Limpié deprisa los rastros que pudiera haber de mis correrías y, aterrado,

giré el picaporte de la puerta. Me había preparado para fingir e incluso para indignarme, ofendido, si él insinuaba algo. Pero no tuve ocasión: lo primero que vi al abrir la puerta fue el cañón de una pistola que me apuntaba. Retrocedí dos pasos. En mi pecho, que estaba desnudo, se debían de notar a simple vista los bombeos del corazón. El presidente entró, sin decir nada y sin apartar la pistola, y yo di otro paso hacia atrás. Mi mano derecha tropezó por casualidad con una escultura africana hecha con piedra que me regaló mi hermana cuando me mudé al ático. La cogí, la alcé con una fuerza que hasta ese momento nunca había tenido, y golpeé con ella en la cabeza del presidente, que no tuvo tiempo de cambiar la expresión feroz de su rostro.

De esto hace tres semanas. Desde entonces he tenido el cuerpo en la terraza, donde nadie puede verlo. Lo riego cada ocho horas para que los olores de la putrefacción se alivien. La carne ya está negra y descompuesta. En algunas zonas —en los antebrazos, en el cuello— puede verse el hueso. Sigue haciendo un calor asfixiante, pero ya no duermo afuera.

Hilario J. Rodríguez
Pinchazo

Hilario J. Rodríguez (Santiago de Compostela, 1963). Tras licenciarse en Filología Anglogermánica y en Filología Hispánica, impartió clases de lengua y literatura en España, Irlanda, Gran Bretaña y Estados Unidos. Fue director de la sección de cultura del *Diario Ciudad de Mérida*. Sus trabajos y obras han aparecido en periódicos y revistas especializadas como *El País*, *Debats*, *Rockdelux*, *Literarias* y *Cámara oscura,* entre otras. Ha publicado cerca de veinte títulos entre poesía, ensayo y obras sobre cine. Destacan, en poesía, *Construyendo Babel*, 2004; *Mapa mudo*, Granada, 2009; *El otro mundo*, 2009. Los relatos *Mi nombre es ninguno* en *Vivo o muerto: Cuentos del Spaghetti-Western*, 2008 y *Los Ángeles* en *En las ciudades*, 2009. Y obras de ensayo y sobre cine son *Eyes Wide Shut: Los sueños diurnos*, Ediciones de la Mirada, Valencia, 1999; *Lars von Trier: El cine sin dogmas*, Ediciones JC Clementine, Madrid, 2003; *Tim Burton*, Ediciones JC Clementine, Madrid, 2006; *El cine bélico: La guerra y sus personajes*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 2006; *Después de la revolución: El cine de los hermanos Taviani*, Calamar Edición y Diseño, Madrid, 2007; *Voces en el tiempo: Conversaciones con el último cine español*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2007; *Emotion Pictures*, El Genio Maligno, Granada, 2009, e *Historia(s) del cine norteamericano*, Calamar Edición y Diseño, Madrid, 2009.

La gente cree que los mendigos perdieron algún día las llaves de sus coches o que ya no recuerdan dónde los aparcaron, por eso vagan por ahí sin rumbo. La gente se cree muy lista. Tiene la idea de que si no sonríes como un bobo y tu ropa apesta, posiblemente no te quede nada en la vida, ni siquiera la rueda de repuesto. Y no es que yo sepa gran cosa, ignoro quién provoca los terremotos y los huracanes, tampoco me adelantaba al profesor del taller de escritura creativa en sus explicaciones, pero ahora que apenas leo ni escribo, ahora que casi no devuelvo las llamadas y me paso las horas esperando los cortes comerciales en la pantalla del televisor, he descubierto que cuando lo pones todo patas arriba, como al divorciarte de alguien con quien llevabas casado varios años –y te tenía un poco harto– o al lanzar miraditas a una desconocida despampanante durante una comida de amigos que en realidad no son tus amigos, muchas cosas pueden cambiar para bien o para mal, te arriesgas a ello, otras no necesariamente. Un pinchazo no significa que vayas a quedar en mitad de la carretera para siempre, alguien puede venir en tu ayuda, y esta vez —por loco que puedas considerarme— desearía que de nuevo fuera esa chica glamurosa de las portadas de revista. Ya sé que dirá que está dispuesta a llevarme a cualquier sitio y que le recuerdo a Gary Cooper, también que es una embustera sin remedio y que se conduce por ahí de manera imprudente y temeraria. Si por casualidad viene, no te preocupes, me agarraré bien en cuanto cojamos alguna curva.

Como ya habrás podido intuir: soy un individuo patético pero intento hacer algo al respecto. Deja que me convierta en una de esas personas que, después de una catástrofe natural, regresan a sus casas para comprobar lo que ha quedado en pie. No voy a contarte nada so-

bre mí, tampoco sobre los hombres con ojeras y barba de dos días, ni sobre los hombres de edad respetable que de pronto dicen adiós a la tranquilidad y viven un amor atormentado, un amour fou como dirían los franceses; mejor te cuento algo sobre lo que me pasó esta misma noche de verano, cuando llegaba con retraso a la fiesta porque en realidad no tenía ganas de ir y porque me di cuenta tarde de que en casa no había cuchillas de afeitar.

Rosa y Charlie tenían el mismo aspecto de siempre y aquel no era su mundo, aunque lo cierto es que tampoco habría sido el mío hace unos cuantos años. Alguien de la organización se les acercó seguramente para pedirles que se alejasen, pero eran demasiado obstinados como para irse por las buenas, sin organizar algo de alboroto; les encantaba llamar la atención. Los veía agitar sus brazos, dando explicaciones en un lenguaje que quizás nadie, entre el gentío, iba a conseguir entender. Yo no había hecho un movimiento y el taxista comenzaba a impacientarse. Cuando por fin estaba a su lado, dije que los conocía esperando que así los dejasen en paz y, en lugar de eso, me gané un empujón y la advertencia de que me metiese en mis asuntos. El empujón y la advertencia me los dio Charlie sin fijarse en mí, pendiente del individuo que se les había acercado.

Y permíteme que te aclare que Rosa es mi madre, una de esas madres que se sienten humilladas cuando las llamas mamá porque entonces se sienten viejas o inservibles para hacer otra cosa que no sea fregar platos y planchar camisas; antes pensaba de esa manera y, la verdad, no creo que haya cambiado mucho en ese sentido. Nunca nos dijo ni a mí ni a mis tres hermanos quiénes habían sido nuestros padres, nosotros no hicimos preguntas, en el fondo nos gustaba ser un poco huérfanos y dar pena, de esa forma conseguíamos cosas de los demás sin derramar

lágrimas. Mientras vivió la madre de Rosa, a quien no llamamos abuela jamás, nos quedábamos con ella largas temporadas mientras Rosa se iba con algún guapo conductor de paso por la ciudad. A veces la gasolina le permitía estar por ahí dos o tres meses, otras volvía al día siguiente, con un humor de perros. Charlie fue el único hombre que aguantó sus brazos apretados alrededor del cuello durante el tiempo suficiente como para que ella no creyese que iba a perderlo. No es que fuera gran cosa, sólo lo bastante persuasivo; tenía la labia de cualquier buen vendedor a domicilio, y un magnífico 124 en el que hicimos largos viajes.

Circulábamos por carreteras secundarias, con la radio puesta y las ventanillas bajadas. Si parábamos para llenar el depósito, Charlie nos compraba helados. Lo adoramos enseguida. Con él vivimos aprisa. Nos enseñó que nada es gratis y que, por tanto, puedes exigir que los demás te paguen tus sonrisas. También nos enseñó matemáticas en los supermercados, haciendo tres por dos, pequeños hurtos para demostrar que uno no debía pagar más de cierta cantidad por cada producto, para conseguirlo sólo hace falta tener buenos bolsillos. A su lado aprendimos bastantes cosas sin necesidad de hacernos mayores, conseguía que todo resultara emocionante aunque en ocasiones él y Rosa se pusieran a discutir delante de nosotros.

De la vida pasada de Charlie nunca llegamos a saber demasiado, sólo que el 124 no era suyo porque un día se nos acabó la gasolina y lo abandonamos en la cuneta y unas horas después íbamos montados en un Tiburón. Charlie bebía, apostaba, eructaba, y Rosa lo quería a pesar de los insultos y los golpes, el amor es misterioso.

La policía se los llevó juntos a la cárcel, en el asiento trasero del mismo coche.

Al verlos hoy, después de tantos años, no me importaron el golpe y la advertencia de Charlie, me dolió que ni él ni Rosa me reconocieran, que se fueran sin despedirse, porque si me hubieran dado una oportunidad les habría dicho que con ellos había aprendido muchísimo aunque aún no sepa qué con exactitud, les habría dicho que no estoy demasiado en forma porque hace poco me divorcié para irme con una mujer cuya vida disparatada no entiendo pero con la que durante unos segundos sentí aquellos instantes de felicidad infinita en que uno conduce con las ventanillas bajadas y la radio puesta.

Nada más se perdieron en la noche, deambulé por el aparcamiento y me sorprendí al pensar que, por alguna razón, no sé conducir y nunca me he molestado en sacar el carné. Ese pensamiento, sin embargo, se borró al abrirme paso entre los invitados y verla a ella, que me dedicó la mejor de sus sonrisas.

Manuel García Rubio
Inventario

Manuel García Rubio (Montevideo, 1956). Además de escribir, ejerce la abogacía. Publicó su primera novela, *El sentido de las cosas*, en 1989 (AZ Ediciones, Madrid). Luego vendrán *El efecto devastador de la melancolía (*1997); *La garrapata*, (1998 y 2001); *Green (*2000); *España, España* (2003); *La edad de las bacterias* (2005); *Las fronteras invisibles* (2005) y Sal (2010), todas ellas publicadas en la editorial Lengua de Trapo. Por lo que se refiere a sus relatos breves, ha publicado una recopilación de algunos de ellos en *Amores que atan* (Laria, Oviedo, 2005). Además, *La registradora* fue editado por la Diputación de Badajoz (Premio Rafael González Castell). *Solos* aparece en la antología *Cuentos de la otra orilla* (Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, Uruguay, 2002). *Pregúntaselo de Davinia* forma parte de la antología de autores uruguayos *Los escritores dan risa* (Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, Uruguay, 2004). Igualmente, sus relatos *La pluma estilográfica de Ricardo Pardías* y *La conquista de El Cairo* se encuentran, respectivamente, en las recopilaciones *Sobre raíles* (Imagine Ediciones, Madrid, 2003) y *El centauro* (Ajimez Ediciones, Asturias, 2003).

Para él todo era confuso, como si se hallara en duermevela… Pero estaba despierto, se sabía despierto aunque tumbado en la cama, la habitación en penumbra. Escuchó el golpe de la puerta principal al cerrarse y unos pasos que avanzaron por el vestíbulo. Al fin vio el rostro de su hijo Kike, asomado al dormitorio. Tras él sonreía Estela, su nuera; la suya era una sonrisa triste y desganada. Kike le reprochó que no estuviera en pie. Lo hizo con tono cariñoso. Que ya tocaron diana, añadió con un punto de jocosidad. Luego encendió la luz, se sentó al borde de su cama, le acarició la frente, lo animó a levantarse con la promesa de que Estela le prepararía un desayuno fantástico. Él aceptó la propuesta con resignación. No sin esfuerzo pudo incorporarse y poner un batín. Fue al cuarto de baño arrastrando las zapatillas. Al cabo de unos cuantos minutos regresó a la habitación. No se había afeitado. Kike se lo recriminó, esta vez sin ocultar su enfado. No te vas a la selva, le dijo. Cuando volvió, bien aseado y rasurado, vio que Kike había abierto sobre la colcha una gran maleta y colocado en ella varias camisas y pantalones. El hijo explicó que había escogido la ropa que se hallaba en mejor estado, procurando que la mitad fuera para el verano y la otra mitad para el invierno. Como tú digas, respondió él. En el armario aún quedaba mucha más, pero la maleta establecía el límite de la que podía llevarse. Esa misma tarde, la ropa sería marcada con las iniciales de su nombre y de sus apellidos. Estela había conseguido una costurera a muy buen precio. En cuanto a los zapatos, sólo se llevaría dos pares. No precisaría más, por el momento. Para el día a día, las pantuflas iban a resultar más útiles. Había que dejar espacio para la ropa interior y los calcetines, más alguna chaqueta de punto y el neceser con las cosas de aseo. Nada de trajes, que ocupan

mucho. Cuando estuviera instalado en la residencia ya se vería si el nuevo armario admitía uno o dos. En cuanto a los libros, tenía que ser él quien los escogiera, pero sabiendo que no podría llevarse más de diez o doce. No hacían falta más, por otra parte. El centro contaba con una biblioteca estupenda, aunque verás que, al segundo día, no querrás hacer otra cosa que charlar con los compañeros y jugar con ellos al dominó, dijo Kike sin levantar la vista. Entonces me basta con el diccionario, respondió él. En el diccionario estaban todas las palabras que iba a necesitar. Y cuidado con las mujeres, que son unas lagartas, rió Kike, empeñado en llenar de guasa edulcorante la mañana. Él también rió, creyéndose obligado a condescender.

En la cocina, se sentó ante la ventana que daba a un pequeño patio con jardín. Allá abajo, ajenos a la despedida, se ofrecían a su vista un sauce llorón, un seto bajo, algo de césped; sus amigos de siempre, los que cada mañana le alegraban un poquito el corazón. Absorto por la belleza de la luz del día, que entraba a raudales, tardó en advertir que Estela le había preparado un bol de café con leche y dos rebanadas de pan tostado con mantequilla y mermelada. La mujer permanecía en pie a sus espaldas, sin decir nada, aguardando respetuosamente a que el anciano acabara de desayunar. Supo que Kike también lo miraba porque reconoció su olor en cuanto entró en la cocina, pero no se volvió ni hizo nada por parecer amable o agradecido. Sólo pensó en el sauce, que lo había acompañado en aquel rito durante los últimos cuarenta años, y en Lolita, su mujer, muerta unos meses antes. Lolita tenía muy buen humor y, a esas horas, ya le había hecho reír dos o tres veces con sus chistes y ocurrencias. Aquél solía ser el momento de hacer planes para el día, qué comer, a quién visitar, alguna

gestión con el médico o en el ayuntamiento. Todo eso se había acabado y no había que darle más vueltas.

Al fin preguntó qué sería de aquella casa. Tenían adelantado el alquiler del mes. Kike se encargaría de vender los muebles y de despachar el papeleo, las bajas del agua y del teléfono, todo eso. Me gustaría llevarme el álbum de fotos, dijo él. Claro, no faltaba más, condescendió el hijo, que había pedido una semana de vacaciones en el trabajo para organizarlo todo. Incluso tendría tiempo para seleccionar las cosas que tuvieran un valor sentimental. Eso dijo: un valor sentimental. Se las llevaría a su casa. Las conservaría con primor. Algunas serán para tu nietecita, si te parece bien.

Sonó el claxon de un automóvil. Era el taxi que venía a buscarlos. Bueno, ya está aquí, debemos irnos, explicó Kike. Él asintió. Pidió un par de minutos para ir al servicio. Tómate el tiempo que haga falta, no hay prisa, respondió el hijo. Orinó con dificultad. Luego se lavó las manos y contempló largamente su rostro reflejado en el espejo. Pasó por el dormitorio. La cama había quedado sin hacer. No te preocupes, papá, de todo esto nos encargamos Estela y yo. Bueno, bien, vale. No había prisa, pero lo parecía.

La maleta aguardaba en el vestíbulo. Así, solitaria en medio de la sala vacía, resultaba grande. Kike la había pedido prestada a un amigo que hacía largos viajes. Voy bajándola al coche. Hay que asegurarse de que los grifos queden cerrados y las luces apagadas. Estela, cierra los postigos, por favor. Y tú, papá, espérame en el rellano, subo ahora mismo, no bajes las escaleras sin mí.

Estela fue cerrando las puertas de las habitaciones hasta que la vivienda quedó a oscuras. La mujer lo cogió en el pasillo y, tomándolo de un brazo, lo animó a salir hasta la puerta principal. Algo aturdido por la novedad

de aquel gesto, se fijó en cómo su nuera giraba la llave para cerrarla. De ordinario, uno nunca sabe cuándo ha hecho una cosa por última vez, pero ahora tenía la certeza de que allí se clausuraba de golpe casi todo lo que había vivido. No volvería a esa casa, la que fue suya, la que habitó y llenó su existencia hasta ese instante del inventario y la liquidación.

Cerró los ojos. Inspiró con fuerza. Espiró. Entonces fue cuando volvió a escuchar pasos en el vestíbulo y, poco después, se encontró con el rostro de Kike, sonriente, asomado a su dormitorio. Tras él, Estela, en cambio, no ocultaba un gesto de fastidio. Venían a buscarlo para llevarlo unos días a la casita de la playa. Hacía un día radiante. No puedo creer que aún estés en la cama, protestó el hijo mientras abría los postigos para llenar la habitación de luz.

Él se incorporó con dificultad. Buscó las zapatillas. Las calzó. Se asomó a la ventana. Seguía confuso pero al fin comprendió que era verano.

Aún era verano.

10 aE

ANIVERSARIO

Asociación de Escritores
de Asturias